

El fútbol se lee



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.



GOBIERNO DE LA CIUDAD

libro al viento



UNA CAMPAÑA DE FOMENTO
A LA LECTURA DE LA
SECRETARÍA DE CULTURA
RECREACIÓN Y DEPORTE
Y EL INSTITUTO DISTRITAL
DE LAS ARTES – IDARTES

Alcaldía Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte
Instituto Distrital de las Artes – IDARTES

Con el apoyo de

Secretaría General
Secretaría de Educación del Distrito

EL *f*ÚTBOL SE LEE

Edición especial
libro al viento

SELECCIÓN DE TEXTOS: LUIS ALEJANDRO DÍAZ
JULIO PAREDES CASTRO

SELECCIÓN DE OBRAS: ERNESTO RESTREPO

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Clara López Obregón
Alcaldesa Mayor de Bogotá (D)

SECRETARÍA DISTRITAL DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Ramírez Vallejo
Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Santiago Trujillo Escobar
Director General
Bertha Quintero Medina
Subdirectora de Artes
Paola Caballero Daza
Gerente del Área de Literatura
Valentín Ortiz
Asesor
Adriana Carreño
Coordinadora de Programas de Lectura
Javier Rojas
Asesor administrativo

- © Primera edición: Bogotá, agosto de 2011
- © Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango.
- © "Lenin en el fútbol" del libro *Cuando el tacto se hace palabra*, de Guillermo Samperio, 1999, Fondo de Cultura Económica. Colección Letras Mexicanas. Carretera Picacho-Ajusco 227, C.P. 14738, México, D.F.
- © "Memorias de un wing derecho" del libro *Puro fútbol*, de Roberto Fontanarrosa, 2000, by Ediciones de La Flor S.R.L. Gorriti 3695, C1172ACE Buenos Aires, Argentina. www.edicionesdelaflor.com.ar
- © Oscar Roldán-Alzate, José Fredy Serna, Beltrán Obregón, Colectivo Bricolage, Elkin Calderón, Víctor Escobar, Juan Carlos Haag, Félix Ángel, Todopipas 86, Juan David Laserna, Liliana Angulo. Agradecimientos: Unidad de Artes y otras colecciones del Banco de la República, Valenzuela Klenner Galería.
- © Instituto Distrital de las Artes – IDARTES
<http://www.institutodelasartes.gov.co>
Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del editor
- ISBN 978-958-99935-1-4
- Conceptualización y selección de obras: Ernesto Restrepo
- Portada: "La interpretación de los sueños", Ernesto Restrepo, intervención digital sobre la fotografía "Julio César Falcioni", 2011.
- Imagen original, fuente: *El Espectador* / 1 de marzo de 1987 / Comunican S.A.
- Selección de textos: Luis Alejandro Díaz + Julio Paredes Castro
- Asesor editorial: Julio Paredes Castro
- Diseño gráfico de la colección: Olga Cuéllar + Camilo Umaña
- Diagramación electrónica: Óscar Pinto Siabatto

Impreso en Bogotá

CONTENIDO

<i>Leer fútbol</i>	
Luis Alejandro Díaz Zuluaga	7
<i>El fútbol se ve</i>	
Ernesto Restrepo	12
DARÍO JARAMILLO AGUDELO	
<i>Testimonio de un creyente, DIM</i>	16
ÁLVARO PEREA CHACÓN	
<i>Todos los que amamos el fútbol somos iguales</i>	26
MARIO MENDOZA	
<i>La nostalgia de la mosca</i>	38
RICARDO SILVA ROMERO	
<i>El cucho</i>	46
FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ	
<i>La desilusión de un hincha</i>	71
GUILLERMO SAMPERIO	
<i>Lenin en el fútbol</i>	79

DANIEL SAMPER PIZANO	
<i>¡Dele duro monseñor!</i>	90
ÓSCAR COLLAZOS	
<i>Decisión en el último momento</i>	96
LUISA VALENZUELA	
<i>El mundo es de los inocentes</i>	107
LAURA RESTREPO	
<i>Mi curriculum-futbolae</i>	120
PABLO R. ARANGO	
<i>El último campeonato</i>	127
ROBERTO FONTANARROSA	
<i>Memorias de un wing derecho</i>	134
<i>Nómina de autores</i>	140
<i>Nómina de artistas</i>	141

LEER FÚTBOL

*Veo unas vacas
en una cancha de fútbol*

*dos pasan
rozando un palo*

*la tercera
es gol*

Desde la ventanilla del bus
CLAUDIO BERTONI

LEER UN CUENTO de fútbol puede sonar raro para algunos. Tener en la biblioteca más de diez libros de poesía dedicados exclusivamente al fútbol sobrepasa los límites de cualquier futbolero, pero sin duda, poder revisar la historia de Latinoamérica a la luz de un puñado de novelas que se han escrito sobre el fútbol es todo un privilegio. Y esto se debe, en gran medida, a que desde hace mucho tiempo hay alguien hablando de fútbol en cualquier esquina en los lugares más recónditos del planeta. Y cuando digo hablar me refiero a los que se reúnen en el bar a discutir los pormenores de la fecha, como también a los que se sientan y escriben historias y crónicas para grandes y chicos, y obviamente, a todos aquellos que nos encerramos a leer cada cuento, novela o poema sobre el deporte más hermoso del mundo. Acá no hay edad, ni género, ni regiones, ni clubes. Es entonces cuando la voz del hinchista, la memoria del estadio y la oralidad del gol, suben el telón de una comedia humana o educación sentimental —en el mejor de los casos— donde todos y cada uno de los aspectos que giran en torno a este

deporte exponen y permiten ver a un individuo expuesto frente a sí mismo. Es decir, el fútbol nos convierte en un mismo individuo cada vez que gritamos gol. Al mismo tiempo, nos dota de héroes y gestas, y, gracias a su dinámica de lo impensado, tenemos leyendas y mitos en los que creemos a ciegas porque los hemos visto entrar al campo de juego como hombres y salir como dioses. En fin.

Alguien incluso se atrevió a decir que el poema más corto del mundo es este: ¡Gol! ¿Pero quiénes son los que se han atrevido a sacar el fútbol del potrero? Mejor, ¿Quiénes vieron que se podía jugar dentro de otro juego como lo es la literatura? La lista es larga y se podrían hacer casi cinco equipos con suplentes. Maurois, Juan Parra del Riego, Bernardo Canal Feijoó, Francisco Uriz, Eduardo Sacheri, Fontanarrosa, Gao Xingjian, Soriano, Giardinelli, Villoro, Ribeyro, Fonseca, Roa Bastos, Benedetti, Cela, Galeano, Bryce Echenique, Javier Marías, Nabokov, Camus, Vázquez Montalbán, Horacio Quiroga, Pasolini, Sasturain, Vinicius de Moraes, Alberti, Miguel Hernández, Delibes, Onetti, Jorge Amado, Sábato, Vargas Llosa, Pablo Neruda, Vila-Matas, Roberto Santoro, Arthur Clarke, Roberto Bolaño, Arlt, Kundera, Antonio Gramsci, Nelson Rodríguez, David Trueba, Gonzalo Suárez, Blanca Varela, Almudena Grandes, Josefina Aldecoa, Antonio Hernández, Günter Grass, Carlos Drummond de Andrade, Cappa, Valdano, J.J. Armas Marcelo, Julián García Candadu, Gabriel Celaya, Ortega y Gasset, Gerardo Diego, Antonio Machado, Héctor Negro, Henry de Montherlant, Vicente Verdú, Nick Hornby, Umberto Eco, Kenzaburo Oe, Bioy Casares, Skármeta, García Márquez, Peter Handke,

Rivera Letelier, Hans Jorgen Nielsen; y por supuesto, los que lo despreciaron y aún así algo escribieron o algo dijeron como Borges, Anthony Burgess, Wilde, Kipling, Orwell o Shakespeare a quien le parecía repugnante ya que era cosa de aldeanos brutos, y le espantaba el espíritu colectivo de su práctica. Incluso hay quien dice que le debemos a él la palabra *football*. Las listas siempre son aburridas y generan polémica al igual que las convocatorias en el mundo del fútbol, donde aparecen unos nombres y otros desaparecen. Nuestra convocatoria es la siguiente.

Nunca imaginé debutar a los treinta y tres años, pero como bien dice el adagio popular, eso es lo bonito del fútbol. Desde que tengo uso de razón, esperé esta llamada: la de ir a entrenar con el equipo profesional y hacer parte de la lista de convocados para el domingo de fútbol. Así que este es mi debut. Un día me llamaron y me dijeron que cómo me sentía, que cómo estaba la familia y que si creía que era capaz de soportar la presión como para debutar como titular en el Mundial Sub-20 haciendo una antología de textos de fútbol. Dije que sí con la voz temblorosa sabiendo que somos locales y de inmediato empecé, lápiz y papel en mano, a parar un equipo sin haber hecho nunca el curso de director técnico. Que me perdonen los que me conocen pero apenas soy un ayudante de campo, soy nuevo en el equipo y tenemos que salir campeones. Esta es mi nómina: Darío Jaramillo al arco en homenaje a esa hermosa frase de que ya tiene un pie en la tumba —cosa que le sucede a todo el que se para bajo los tres palos—, defensa bogotana en línea de tres con: Perea,

Mendoza y Silva Romero porque conocen las canchas capitalinas como nadie, salen jugando desde atrás y aprietan al árbitro cuando toca. En el medio, un rombo: de volante central, Araújo, temperamento y experiencia. Por la izquierda Samperio y por la derecha Samper. Como enganche, cosa pasada de moda según *los entendidos*, me la juego toda con Collazos. Un poquito más adelante, como medias puntas cada una por un lado, dos mujeres: Valenzuela y Restrepo, y adelante, solo, de nueve de área, un tanque: Arango. Capitán: Mendoza. El Míster solo puede ser uno: Fontanarrosa. ¿Quién mejor que un D.T. que desde el cielo hace fuerza para que la tarde del domingo siempre sea soleada? Esto es fútbol de potrero: no tenemos cambios y apenas empieza el partido. Así se juega en el barrio. Una alineación de gala que vale la pena ver en la cancha. Muchos otros quedaron en la preselección ilusionados con otro Mundial. A esos los tengo anotados en mi libreta por si sale un partido benéfico o un amistoso en quién sabe dónde y necesito una convocatoria relámpago.

Leer también es una pasión dicen en algún país. El fútbol es palabra viva, dentro y fuera de la cancha. Por eso esta antología es una manera de devolver la pared que, hace más o menos doce años, me tiró un viejo amigo al enseñarme por primera vez los textos de Osvaldo Soriano. Entonces vi que el fútbol se podía jugar en una cancha diferente: el libro, y con una pelota igual de hermosa: la palabra. Estos cuentos encierran fracaso, dolor, recuerdos, gloria, amistad, juventud, miedo, pasión, goles, sexo, infancia y muchos sueños. Acá no hay pitazo inicial ni pitazo final, no hay árbitro ni

comentaristas, lo único que hay es alguien con un balón debajo del brazo, perdón, con un libro debajo del brazo. “El goleador es siempre el mejor poeta del año”, escribió Pier Paolo Pasolini. Javier Marías dijo que “el fútbol es la recuperación semanal de la infancia”. Antonio Gramsci lo definía como “el reino de la lealtad humana ejercida al aire libre”. Y con cierto tono meloso, el checo Milan Kundera escribía que “tal vez los jugadores tengan la hermosura y la tragedia de las mariposas, que vuelan tan alto y tan bello pero que jamás pueden apreciar y admirarse en la belleza de su vuelo”.

Desde hoy, y gracias a estos cuentos de fútbol de *Libro al Viento*, correrán miles de balones de fútbol por las calles de Bogotá tirando paredes una y otra vez entre sus lectores. Ya no serán necesarias las latas de cervezas vacías, ni los envases de plástico rotos, ni las viejas cajas de cartón o tapas de gaseosa. Finalmente, quiero recordar unas palabras de Camus a modo de consejo para toda la vida: “Pronto aprendí que la pelota nunca viene hacia uno por donde uno espera que venga. Eso me ayudó mucho en la vida, sobre todo en las grandes ciudades, donde la gente no suele ser siempre lo que se dice derecha”.

LUIS ALEJANDRO DÍAZ ZULUAGA

EL FÚTBOL SE VE

Acerca de las obras que acompañan esta antología.

CONSIDERANDO QUE EL fútbol es universal, y que muchas veces casi todo lo humano puede ser explicado con un ejemplo del juego, esta selección intenta mostrar una serie de trabajos que hablan de esta universalidad.

En el fútbol se ponen en evidencia las mañas del poder, se revela el amor, la guerra. La vanidad traiciona. Encontramos ladrones, héroes y caídos.

El trabajo comenzó con una simple búsqueda.

En el proceso, primero apelando a la memoria, un grupo de obras de los ochenta y noventa de artistas jóvenes de Medellín usaban el fútbol para comentar los eventos de ese tiempo. El Nacional, sus pugnas con Millonarios y el América, casi como ejércitos, en la época de los grandes carteles.

De ahí salió el primer grupo.

Al agotarse el recurso de la memoria, el proceso de búsqueda continuó con las averiguaciones, como un empresario en busca de jugadores: un defensa, un volante y así, lo normal.

Las recomendaciones empezaron a llegar.

Ya se había empezado a estructurar una idea del grupo, se procuraba que los trabajos escogidos no fueran directos, referenciales o que simplemente mostraran anécdotas; se buscaban obras con múltiples lecturas, sugerentes y poéticas.

Resultaron unas que se sumaron a la selección y que aportan reflexiones abstractas y conceptuales. La constante es la mirada crítica.

Dicha mirada se evidencia en objetos y proyectos que toman la estética popular y sus símbolos, y los deconstruyen y resignifican.

A los últimos convocados, por su parte, no se les reconocía un trabajo sobre fútbol, pero por su personalidad y su trabajo se intuía que, si llegasen a tener una obra, esta sería sugestiva. Es como advertir a un jugador por su manera de caminar la cancha y notar que sí, que juega bien.

Sin saber a ciencia cierta, se contactaron algunos artistas y resultó que sí: tenían algún trabajo o sabían de alguien que lo tuviera.

En este último grupo están algunas de las piezas que tocan asuntos actuales. Que comentan sobre temas sociales con cinismo y humor.

Junto con los textos literarios, estos comentarios estéticos, son como la sorpresa de un gol olímpico, la jugada de invención espontánea o un triunfo injusto, a nuestra particular manera, son reflejos de nuestra cultura.

ERNESTO RESTREPO

EL *f*ÚTBOL SE LEE

Testimonio de un creyente, DIM

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

ME MONTO EN la máquina del tiempo y retrocedo hasta 1955. Tengo seis años y hace pocos meses hemos llegado de Santa Rosa a vivir a Medellín. Es domingo y de la mano de mi padre he ido a conocer el estadio.

Jugaba el DIM, ya no recuerdo contra quién —todos los rivales de los rojos son un mero accidente, un intento fallido de participar de la gloria—, y un sol picante iluminaba el verde de la gramilla (lo único verde que merece estar entre ese rectángulo) confiriéndole ese irrecuperable esplendor que poseen todos los colores cuando uno tiene siete años. Reverberaba o, mejor, reverderaba.

Hay un primer paso en la seducción, que resume un inefable sentimiento de belleza que golpea esa frontera entre el cuerpo y el alma situada en el plexo solar: Me fascinó el contraste de las camisas rojas —en 1955 eran camisas y no camisetitas—, de un rojo pasional, sangre de toro lo he oído llamar, que cortaba a la perfección con las pantalonetas de un azul que Platón situaría en el *topos uranos* como paradigma de lo azul. Era hermoso aquel espectáculo, me gustaban el

rojo y el azul sobre el verde asoleado de la tarde, pero este encantamiento era apenas disposición favorable a lo que vendría minutos después.

El flechazo se produjo recién empezado el partido. José Manuel Moreno tomó la bola y la acarició con su pie derecho. Yo sentí que también la acarició con la mirada y supe, más allá de toda duda, que aquel hombre podía comunicarse con el balón con un lenguaje indescifrable para los demás que veíamos el milagro, que la pelota le entendía amorosamente y, rendida, estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera. Ignoro si observé la expresión de su rostro, pero puedo jurar que José Manuel Moreno sonreía como si con esa sonrisa nos confirmara que sí, que él podía hablarle a la de cuero y hacerla copartícipe de su voluntad de mago.

Moreno recibió la pelota y le cayeron dos adversarios que él eludió con un giro inesperado todavía con ella pegada a su pie derecho. Adelantó el balón acomodándolo para su pierna izquierda y sacó un pase de profundidad que llegó milimétricamente a la cabeza de Felipe Marino, quien aplicó un testazo tan duro que sólo vi el balón de nuevo, inmóvil, en el fondo de la red rival.

No canté ese gol y nunca he podido cantar ningún gol del poderoso. Un cielo instantáneo me explota en el pecho, recojo una bocanada de aire, alcanzo una mezcla de visión beatífica y placer sexual, un éxtasis, un paraíso a mi medida, llego a una plenitud tan incommunicable que no la puedo volver voz o ruido. Un instante después esta exultación se transforma en la serenidad que confiere la certeza de que el mundo sigue el orden debido, que las leyes del destino

funcionan con la misma concluyente fluidez de la ley de gravedad, que Dios es justo.

Desde el primer instante en que José Manuel Moreno tocó el balón ante mis ojos atónitos, tocó no, me corrijo, acarició y conversó con la bola, mi alma se tiñó de un rojo inconsumible y eterno, supe que mi universo de pasiones se había llenado con un amor constante y atento por el destino cotidiano del Deportivo Independiente Medellín. Se completó mi religión.

En mi santoral, José Manuel Moreno es el santo mayor, el cuasidios en cuanto causa eficiente de mi culto sagrado, primera persona de la Dimvinidad. Moreno jugaba, ante todo jugaba, quiero decir que nunca perdía el sentido lúdico del fútbol, que realizaba las proezas más inverosímiles con una naturalidad que las hacía parecer sencillas. Era notorio que disfrutaba enormemente con el balón entre sus pies y, en cada jugada, era capaz de hacer ostensible la viva noción de poesía que hay en el fútbol. No pretendo hacer una lista de los que, después de Moreno, he canonizado, pues la memoria es flaca y, por eso, injusta.

Pero más injusto sería no mencionar algunos dioses que luego reflejaron lo que Moreno hacía, como Ramacciotti, Agudelo, Ponciano, Sotil, El Pibe, Pareja, Giovanni. Y los goleadores que se me aparecen, los dos Carlos —Arango y Castro—, Marino, El Manco, Devanni, Debrassi, Mottura, Navarro, Núñez, el Tren, punterazos legendarios como Omar Orestes —el más grande—, Lanza, Carrillo, Díaz, defensores como Ayala, Pécora, Canucho, Escobar, Molina, Ávila, Gildardo, Perea, volantes como Calonga, Pereira,

Peckeman, Velásquez, Leonel, porteros como el muy emblemático Caimán. Nombres que son destellos de luz que la memoria invoca en una especie de juego pirotécnico, propenso a los olvidos, olvidos que un Dim-adicto como don Fabio León Naranjo, preciso y devoto historiador sabrá reivindicar sin omisiones.

Durante el 55 volví con frecuencia al estadio, a ver los rojos, a ver a Moreno. Unas veces me llevaba mi padre y, cuando él no podía por estar atendiendo el almacén de la Alhambra, mi tío Luis Eduardo Agudelo iba conmigo.

Luis Eduardo era hinchas del otro equipo, cuyo nombre me niego a escribir y que, desde hace años, y en la intimidad (para no ofender a nadie) he llamado, con minúsculas, atlético guanábana. Y Luis Eduardo, honesto convencido de su causa biche, trató de que yo apostatará de mi pasión escarlata. Pero fue inútil su intento, yo estaba ya poseído por mi inextinguible amor a la roja, deliraba cuando Moreno hacía de las suyas y me sentía seguro de mi fe cuando el Caimán Sánchez, epítome de la sobriedad, aseguraba el balón cada vez que el rival tenía el atrevimiento de ponerlo a prueba.

Muchos años después, ya adulto, traté de convencer de la religión escarlata a un Nicolás Londoño de cinco años, pero su alma estaba contagiada del mismo color que tienen en la piel los enanitos verdes.

Conocer el estadio, frecuentarlo, significó también descubrir el menú particular que ofrecían en las tribunas. Conocí el chicharrón bogotano, que contradice todas las leyes aristotélicas, como si de lo menos, el delgado y durísimo cuero del cerdo, pudiera salir lo más, esa lámina esponjada,

voluminosa, masticable. Y también conocí unos turronec de coco, tan extremadamente dulces, tan empalagosos, que Luis Eduardo me hacía reír contándome que si uno orinaba después de comerse esos turronec, corría el peligro de que las hormigas se le trepan por el chorro.

Mientras fui estudiante de primaria y bachillerato mi actividad más obsesiva y constante fue jugar fútbol. En varias ocasiones he repetido que comencé a escribir poesía cuando descubrí que nunca podría llegar a ser el puntero derecho del Deportivo Independiente Medellín, al que frecuentaba en el estadio cada vez que jugaba, al principio acompañado, ya más grandecito solo. Esto me permitió ser testigo directo de las dos estrellas, la de 1955 y la de 1957, cuestión que ahondó las certezas más hondas de mi religión escarlata, a saber, que el DIM no es el mejor equipo del mundo. Decir que es el mejor es compararlo con otros y eso es profanación de su carácter sagrado. No, el DIM es el único y los demás equipos son sólo pretextos para que el DIM se manifieste.

Después del 57, la esquiva realidad parece no corresponder a la verdad que llevo en mi corazón. Naturalmente, pienso que la realidad está equivocada y que el hecho de que el DIM no añada más estrellas a su escudo es el síntoma más obvio del despelote del mundo, un desastre comparable al armamentismo, el hambre, la contaminación y la pérdida de los valores éticos en la convivencia humana.

En otras palabras de hondo contenido metafísico, y que posiblemente den la clave acerca de dónde está la madeja que permita desenredar el nudo ciego de la realidad miserable que nos tocó vivir: Cuando el DIM vuelva a añadir

estrellas a su escudo, entonces comenzará a ordenarse el caos en que está convertido este planeta.

No vivo en Medellín desde 1966 y esto me priva del placer ritual de acompañar al Poderoso en el estadio. Pero nunca he renunciado a seguirlo. En épocas remotas conseguía radios de onda corta para captar cualquier emisora que transmitiera el destino del DIM en la ciudad que se encontrara. Luego las cadenas radiales comenzaron a brindar los goles en simultánea nacional, hasta cuando apareció Todofútbol que le confiere al oyente la omnipresencia que le permite saber cómo va la camiseta escarlata. Cuando no estoy en Colombia, Margarita Castillo sabe que la primera información que requiero en mis llamadas de lunes o de jueves, es saber cómo quedó el DIM. Con cierta frecuencia tengo que viajar a Miami a, como lo llama otro Dim-adicto, Juan Luis Mejía, enderezada y pintura de mi pata de palo, y entonces agradezco que los conglomerados radiales ejerzan el imperialismo colombiano en la Florida y transmitan el campeonato donde otros equipos se enfrentan al DIM.

Después de más de treinta años de vivir en Bogotá jamás he tenido el más leve asomo de simpatía por los equipos capitalinos, ambos excedidos en sus pretensiones de ser lo que no son —embajadores y cardenales—, cuestión que da pistas muy claras de cómo juzgar las apariencias del comportamiento de los habitantes de Bogotá. Esta experiencia, sin embargo, me ha enseñado a comprender la complejidad de las imposibilidades humanas que, aun siendo circunstanciales, son insuperables, como la dificultad que tendría un nativo de la Meca para ser cristiano,

ejemplo que me explica, por un lado, que individuos tan lúcidos como Daniel Samper estén equivocados en sus preferencias y, por otro, por qué Borges y César Aira, siendo argentinos, detestan el fútbol; porque no supieron a tiempo que el DIM es la verdad más profunda y poética de las canchas.

Tener el alma y la conciencia impregnadas del rojo y del azul verdaderos durante todos estos más de cuarenta años de sequía de títulos, poseer la certeza metafísica de que el DIM es la esencia misma del fútbol, son fenómenos íntimos que parecen estar en contradicción con los datos estadísticos que proporciona la realidad.

Este contrasentido ha contribuido a mejorarme como individuo, en primer lugar, haciendo que no me tome demasiado en serio y que tenga sentido del humor conmigo mismo: si el equipo que amo está tan desasido de argumentos racionales, si mi más honda convicción se opone con esquizofrenia —mejor, exquistofrenia— a la realidad, ¿cómo será con los asuntos que me parecen menos evidentes?

Este escepticismo me proporciona una coraza de buen humor para recibir los comentarios que le suscita a mis seres queridos la aparente —sólo aparente— contradicción entre la larga cuarentena del DIM y mi culto a la camiseta roja. Cuando me ve pegado al radio, mi madre me pregunta cómo va el poderoso perdedor. Y cuando me amputaron el pie derecho por dejarme hacer foul de una bomba, un amigo me espetó: Cómo será de malo el DIM, que hasta los hinchas son mochos. En parte preocupados por mi salud mental, en parte tranquilos por mi demencia inofensiva y claramente localizada en mi adicción al poderoso, mis

amigos cercanos me comentan con hilaridad que el DIM sólo perdió por un gol o me felicitan como si fuera un milagro cuando gana algún partido, implicando en esto que, al fin, un escaso domingo, Darío haya tenido el privilegio de saborear el triunfo, que la casualidad haya acercado los hechos objetivos a mi irrenunciable locura.

Debo decir que no me dan ninguna envidia los campeonatos que ganan otros equipos. Estoy seguro de que son errores del destino —desatinos—, caminos torcidos de la historia en contra de la especie humana, si acaso prueba para fortalecer el carácter. Esto me da una fuerza especial para esperar sin desesperar. Un día llegará el día de mi suerte. A veces me molesta un poco la alharaca triunfalista de los beneficiarios de esas equivocaciones al azar.

Hace poco, en una final del torneo, el DIM alcanzó a ser campeón durante siete minutos. En esos momentos llegué a pensar cómo me comportaría con el prójimo si el DIM coronara una estrella y supe que, en todo caso, lo tomaría con una naturalidad nada estruendosa, con una íntima serenidad ajena por completo a los alardes humillantes que usan los fieles de las falsas religiones futboleras. El día llegará. El poeta Juan Manuel Roca, hinchado del Poderoso, cuenta de los miembros de una tribu que entraron en contacto con una desconocida flor roja. Se reunieron en círculos alrededor de ella para calentarse. “Tal vez —añade Roca— el misterio de la poesía consista en convertir flores en fuego, fundar el mito, atrapar lo imposible”.

Yo me atrevo a agregar que el DIM es esa inmarchitable y ardiente flor roja.

"NO TENGAN EL MENOR CUIDADO POR MÍ, QUE SI HE DE MORIR SERÁ CUBIERTO DE HONOR Y DE GLORIA".
ATANASIO GIRARDOT (1791-1813)





Óscar Roldán-Alzate. ATANASIO. Fotografía. 1998.

Todos los que amamos el fútbol somos iguales

ÁLVARO PEREA CHACÓN

CUALQUIER NIÑO CONTEMPORÁNEO, con sensibilidad hacia la gloria, quiere ser jugador de fútbol. Ni la política, que hoy parece una actividad artificial y sin brillo; ni las artes, que cada día que pasa se vuelven más incomprensibles y ajenas; ni la guerra, que actualmente ya no requiere siquiera de valor, tiene tanto atractivo para un niño como el deporte rey, que obviamente ya no es el atletismo sino el fútbol. De ahí que para los infantes de la última mitad del siglo, los héroes sean los futbolistas. Pero no solo aquellos que juegan en los grandes estadios frente a muchedumbres de hinchas, sino los que lo hacen en los parques de sus barrios. Aquellos capaces de hacer chilenas en el pavimento y de discutir dos horas por un foul. Esos que nunca se borrarán de la memoria. Finales de los 60 y principios de los 70 y, como siempre —pero haciendo más ruido—, el mundo parece un epiléptico, revolcándose en convulsiones: Neil Amstrong pisa la Luna y no encuentra nada, los Beatles se separan, Pinochet se toma el Palacio de la Moneda, Jimmy Hendrix se suicida, la guerra fría hierve en Vietnam, el amor se libera y deja de ser

romántico, Brasil se queda con la Jules Rimet y Nino Bravo parte con un beso y una flor. Finales de los 60 y principios de los 70, y Colombia no es ajena a la enfermedad: Frente Nacional, paro estudiantil, Rojas Pinilla, Panamericanos de Cali, Cochise, marihuana, Pambelé y casi 20 millones de personas.

Comienza la década del 70 y Bogotá se convierte en una ciudad de nadie, en donde el perro se come al perro y a la que diariamente llegan montones de personas que crean miles de barrios y hacen que la urbe se alargue: por el sur los pobres, por el norte los ricos y en la mitad, parejas jóvenes de profesionales o comerciantes, con uno o dos hijos pequeños. Comienza la década del 70 y en esa mitad de Bogotá, donde se clava mi barrio, no pasa nada o mejor... sólo se pasa la bola.

Y detrás de la bola, las palabras: “Tóqueme brother, póngame a picar zurdo, con verraquera monito, qué golazo mi hermano”. Y después de las palabras, la gaseosa y antes que nada, la “recocha”. Ciertamente, en el Pablo VI de los setentas, alrededor de ese partido del domingo giraban las conversaciones, las novias y los planetas. Frente a él las otras cosas que se podían hacer en el barrio —buscar pelea, jugar billar o medir calles— no eran nada. Por eso, cada “recocha” era una guerra, cada gol un anticipo del orgasmo (estamos hablando de menores de 12) y cada jugador una figura, porque no cualquiera podía entrar y mucho menos los niños.

Sentados, admirándolos con la boca abierta y esperando ser algún día como ellos, veíamos transformarse esos seres: algunos eran empleados que durante la semana recibían

órdenes de algún jefe mediocre, pero que en la “recocha” se convertían en fieras a las que nadie les podía decir ni pío.

Otros eran gerentes, gente bien, que durante la semana eran un modelo de urbanidad y buenas maneras, pero que durante la “recocha” se convertían en unos salvajes, atarbanes y maleducados. Y otros, los más, eran perdidos y marihuaneros, que durante la semana se dedicaban a vagar trabados por las calles, pero que durante la “recocha” se convertían en hombres íntegros que respetaban las reglas más que los gerentes. Eso era lo que más nos gustaba de ese mar de pata: la sinceridad vital.

Despojados de los cargos y el billete, florecía la naturaleza y uno podía medir la valía del hombre desnudo, o más bien en pantaloneta. Por la “recocha” pasaron tantos craks como por el Maracaná y muchos más que por El Campín. El primero fue Mario G. (el apellido no importa). El tipo jugaba de todo menos de arquero y tenía una gambeta de atracador. Chiquito y famélico como era, agarraba la bola en su área y entre “madrazos” y “voladoras”, comenzaba a driblar. Su gambeta era poco convencional, se diría que era una creación suya. No sacaba hacia delante como los argentinos, ni hacia al lado como los brasileños, sino que se devolvía, se colaba por huecos imposibles y daba vueltas sobre sí mismo en un complicado laberinto, como sólo podían hacerlo los colombianos. Todo sin soltarla jamás, siempre hasta llegar al gol o camino al suelo, en la gloria o con el peroné medio roto, así era él.

Mario jugaba en “Pablo Joint”, por la misma época que Willington Ortiz comenzaba en Millonarios. Morocho,

pequeñito, tumaqueño él, Willy tenía casi tanta habilidad como Mario, pero no podía hacer lo mismo. Ortiz, por esos absurdos del profesionalismo, tenía que soltarla. En El Campín, el negro cogía el balón cerca del área contraria, con todos los espacios copados y comenzaba a bailar currulao con unos cambios de ritmo y con un movimiento de caderas que mejor dicho. Era un portento para eso; en metro y medio le sacaba un metro a los defensas.

Durante esos años sólo se hablaba de ellos dos en las tiendas del barrio. Que el Frente Nacional se acabase y López Michelsen fuera el presidente, nos daba igual a que los chinos fueran mil millones, es decir, nos importaba un carajo. Lo importante era que Willington había dejado arrastrados a los de Santa Fe o que Mario se había sacado 21 hombres —dos veces a cada uno de los jugadores y solo una vez al portero— en la última “recocha”. Sin eso no se podía vivir. Los dos eran enormes, pero en el 73 a Mario le fue un poco mejor que a Willy. Mientras éste y esa Selección precursora, en la que alternaba con Alejandro Brand y Arturo Segovia, entre otros, era sacado del Mundial de Alemania (porque los ecuatorianos se dejaron golear por Uruguay en Quito), Mario triunfaba en el campeonato de El Campín. Del barrio El Campín, donde salió goleador. Un año después de dicho Mundial, Ortiz saldría subcampeón de América con una selección de titanes dirigida por Efraín el Caimán Sánchez. Un equipazo en el que jugaban otros históricos como Diego Umaña, Ernesto Díaz, Pedro Zape y la Mosca Caicedo. Una selección que regó el campo del Centenario de Montevideo con sangre

de chibchas y charrúas y que perdió la final contra aquel Perú de Cubillas y Sotil, que maravilló al mundo. Gracias a aquel suramericano en el barrio descubrimos que el Perú no era solo incas y batallas de Ayacucho y por eso Mario fue el capitán de la selección Perú-Pablo VI, que triunfó por primera vez en el campo de La Esmeralda, nuestro odiado barrio vecino.

En 1977, el M-19 cometió la indelicadeza de dejarnos el cadáver del sindicalista José Raquel Mercado, a tres cuardas del barrio, en la glorieta de la 63. Sería falso decir que tal asesinato —“ajusticiamiento”, para los guerrilleros— nos tocó el alma, pero también lo sería afirmar que nos dejó indiferentes. El que nos tiraran el cuerpo tan cerca y el paro nacional que sobrevino después —gracias al que capamos colegio una semana— nos dieron la idea y la oportunidad de hacer el campeonato relámpago, José Raquel Mercado, comando diecinueve de abril, en el que aparecieron nuevas figuras que remplazaron al ya treintón Mario G., quien se dedicó a la dirección técnica.

Segunda generación. La adolescencia.

CUALQUIER ADOLESCENTE CONTEMPORÁNEO con sensibilidad hacia la gloria, quiere ser un duro. Ni la medicina, con las ventajas económicas que acarrea; ni el derecho, que significa una condena segura a una vida de oficina; ni el arte, que parece una vía expedita hacia la ruina, son tan provocativos para los jóvenes como el delito. Por eso nuestros ídolos en la cancha de Pablo VI durante la década del 80, eran una mezcla de aguerridos futbolistas y bandidos principiantes,

que en la “recocha” combinaban el fútbol y las artes marciales. Años 80: John Travolta, Camp David, los Bee Gees, Sadat, Afganistán, Guerra en las Malvinas, Olimpiadas de Moscú, Maradona, Perestroika, cocaína, Palacio de Justicia, Armero, Lucho Herrera, Galán, Bateman, Pablo Escobar, sicariato, dinero, televisión a color, bombas y fútbol.

El primer lustro de la década del 80 fue desastroso para el fútbol colombiano a nivel de selecciones. En cambio, para el balompié de mi barrio no ha habido otro igual. La razón era sencilla: nos estábamos preparando para el Mundial del 85, en el cual sí podíamos participar porque seríamos locales. Sin embargo, cuando Belisario rehusó que Colombia fuera la sede del campeonato, nos frustró la esperanza y muchos futbolistas de infancia comenzaron a mirar para otro lado. Por eso la historia del fútbol de Pablo VI se divide en dos: antes y después de que Colombia rechazó el Mundial.

Antes de la decisión de Betancur, se hizo una olimpiada en el barrio, que nos dejó la certeza de que Pablo VI era un semillero de futbolistas tan fértil como Pescadito en Santa Marta. Cada zona, porque Pablo VI el viejo se divide en cuatro zonas de diferente color, tuvo su equipo y sus cracks. La escuadra de la zona A (la azul) se llamaba Alianza y su líder se apodaba “gallito”. Todos veíamos al Gallo ondulando entre los defensas como una serpentina y doblándose ante las faltas como un bambú con el huracán, sin quebrarse jamás. El equipo de la B (la zona morada) no tenía artistas, pero tenía 11 guerreros dispuestos a matar y a morir. Los Tigrillos de la C eran los mejores. Jugaban

con una camiseta del color verde de su zona, cruzada por la bandera de Colombia. La Selección Colombia y el barrio reunidos. ¿Qué más se podía pedir? Sólo un monstruo y ese fue el Zurdo Poveda, “el mejor jugador de Pablo VI en todos los tiempos”. Por último, estaban los Leopardos de la zona amarilla, la D. Un centro delantero feroz y metelón de nombre Ricardo, pero apodado el Mono, era su baluarte. El Mono, un acróbata que la metía de todas las formas, se inventó la cabañuela mucho antes de que el paraguayo Cabañas la popularizara en el América de Cali y el Cosmos de Nueva York.

Solo resta decir que esa Olimpiada fue un certamen apoteósico que marcó el fin de la infancia. Segundo lustro de la década del 80. Las bombas que nos estallan a menos de 30 cuadras y el dinero del tráfico de drogas, que comienza a verse también en el barrio en forma de mulas y motos, nos sacan del sopor futbolístico en el que habíamos vivido hasta entonces. El barrio que había permanecido indiferente a las añejas divisiones del país (conservadores y liberales, izquierdas y derechas), ahora se divide. Por un lado están los que ven al narcotráfico como una excelente oportunidad no sólo de hacer dinero, sino de ganar prestigio y vivir bueno. Por el otro, se hacen los que de primerazo son conscientes de que el dinero “del negocio” corromperá todas las instituciones colombianas, incluido el fútbol. Coincidiendo con ese momento, una nueva modalidad de jugador llega a la “recocha” y se transforma en ídolo.

Me parece verlos: mirada dura, tumbao felino, chaqueta de jean sin mangas, bermudas también de jean, pelo revuelto

y músculos, muchos músculos. Estoy hablando de los duros y entre los duros, de uno que ya se fue. Adolfo Arias, apodado el Bofo. El Bofo fue uno de aquellos favoritos de Dios, que lo tienen todo y que mueren antes de que la vida los achaque y los convierta en personas normales. Pintoso, fuerte y corajudo, como él no he visto ninguno en cualquier cancha de la vida, profesional o amateur. Adolfo volaba por la línea con el pelo rubio y siete mujeres detrás. Impredecible, giraba sin perder velocidad y sacaba un taponazo de 50 metros, que metía al portero en el arco con balón y todo. Pero él no era solo guapo en la cancha, su machera se paseaba por todo lugar como si fuera su casa. Cabe anotar que como ya no éramos niños, la vida no se circunscribía al barrio y Bogotá era una caldera de agresividad. En cualquier fiesta o discoteca uno podía encontrarse con un mafioso que se creía dueño del sitio y que si no le gustaba tu cara te echaba. A Bofo también le pasó, pero el que se tuvo que ir fue el otro. Después de su muerte la “recocha” no volvió a ser la misma, era como una selva sin león. Con él se fue la épica y lo demás es nostalgia. Sin embargo y gracias a la vida, a Adolfo le alcanzó el tiempo para ver a Colombia clasificarse a su segundo Mundial.

Tercera generación. La madurez.

CUALQUIER ADULTO CONTEMPORÁNEO con sensibilidad hacia la gloria, que no haya sido futbolista, ni duro, se convierte en narrador. Es decir, periodista, director de cine, escritor o dramaturgo. Ninguna otra actividad le permite recrear el tiempo perdido y soñar con otro destino. Además el trabajo

a veces le sirve para, por lo menos, transmitir alguno que otro acontecimiento notable, como un partido de fútbol.

Años 90: Colombia en tres mundiales y eso lo copa todo. Valderrama, Rincón, Iguarán, el Bendito, Redín, el empate en Wembley, Perea, Asprilla, Higuaita, Leonel, el uno a uno contra Alemania, el Tren, el cinco a cero, Maturana, el Bोलillo, Rubencho, la Gambeta, el Palomo, Córdoba, Cabrera, Alexis, el Chicho y ...Andrés. A todos ellos ¡gracias! y a Andrés ¡adiós!

Es una evidencia que en estos difíciles años que ha pasado el país, el fútbol ha sido la mayor fuente de alegrías para nuestro pueblo y para mi barrio. Vale decir, que por la cancha de Pablo VI sólo pasó uno de los grandes. Su nombre, Adolfo el Tren Valencia, que jugó un solo partido cuando era un desconocido y jamás volvió. No obstante, por ese partido, el Tren siempre será uno de los nuestros. Sin embargo, el hecho de que pocos jugadores profesionales hayan pisado el césped pablosextuno no importa, es más, hoy ni siquiera sé cuales fueron mejores, si los profesionales o los del barrio. Con el tiempo se aprende que la fama no dice nada sobre la grandeza de los hombres. De todas formas, la “recocha” aún se juega todos los domingos a las once y quizás en este momento por ella corra un peladito que llegue a ser una estrella más allá de la cerca del barrio. ¡No sé! Pero en todo caso, ojalá.

Epílogo

ANDRÉS ES EL mártir más compartido del mundo contemporáneo (como el Bofó fue un privilegiado de Dios que mu-

rió antes de echar barriga). Es el más compartido y uno de los más dorados, porque él antes de ser estrella y antes de ser mártir, fue un niño o un pelado que jugó una “recocha”, como muchos, como casi todos. Eso, más que ser colombiano, más que ser otra víctima de la violencia, nos hermana con él, porque como decía Garrincha: ¡Todos los futbolistas somos iguales!



José Fredy Serna. ARCO I.
Acrílico sobre tela, 40 x 40 cm. 2002.

La nostalgia de la mosca

MARIO MENDOZA

ERA UN SUEÑO verlo corriendo por la línea derecha, arrastrando la defensa, esquivando al uno y al otro, haciendo quites y amagues que despistaban a cualquiera. El man tenía la virtud de la inteligencia corporal, unos músculos y unos huesos que pensaban por sí solos, como si no tuvieran que pasar por el cerebro, como si se saltaran todo tipo de trámite neuronal y actuaran por su cuenta, independientes, improvisando, excesivamente veloces. Los comentaristas deportivos no acababan de narrar la jugada cuando ya el hombrecito estaba en la siguiente, moviendo la cadera hacia la izquierda y entrando en las dieciocho para crear una jugada de gol. Daba la sensación de irrealidad, de estar metido en una película con todo preparado de antemano. Un sueño, esa es la expresión correcta, como si uno se hubiera dormido y de pronto, de manera evanescente e ingrátida, en la mitad de la noche, los pies de una figura onírica se desplazaran por el césped sin necesidad de tocar el suelo, como un ángel que hubiera decidido disfrazarse de jugador de fútbol.

Yo siempre había sido amigo del hombre, que era todo un bacán. Vivíamos en el mismo barrio, en el Quiroga, y estudiábamos en el mismo colegio, en el Camilo Torres. Yo jugaba bien también, pero nunca me podía comparar con él. Yo hacía esfuerzos por sobresalir en la cancha, él simplemente se divertía. Así que mis padres me presionaron para que entrara a estudiar Contaduría y él, siguiendo el único destino posible, entró a jugar en las ligas profesionales con un contrato jugoso que le permitió cambiar de barrio, comprar un carro y usar ropa de marca, como todo un crack, como lo que era en realidad. Y era grato saber que al hombre le estaba yendo así de bien y que ya su apellido empezaba a aparecer en los titulares de las páginas deportivas de los diarios y de las revistas especializadas en fútbol. Y se lo merecía no sólo porque jugaba mejor que cualquiera y porque había elevado el deporte al nivel del arte, del talento puro, de la belleza pura, sino porque además el mancito era tronco de buenazo, un amigo leal, fresco, que nunca se creyó mejor que nadie, como si no se diera cuenta del efecto que producía en el público y en los expertos de fútbol. No dejó de vernos a nosotros, sus viejos amigos, ni se creyó el rollo de la fama, ni se trepó en las nubes de la popularidad y el billete. Nada, él siguió tranquilo, metiendo goles a la lata, aniquilando a los defensas contrarios, volviendo pedazos a cualquier portero que le pusieran al frente. La metía de tijera, de cabeza, de tiro libre, de chalaca, de penalti, de taquito, mejor dicho él solo era un concierto de toque y de agresividad futbolística, y hasta una noche, en una final de campeonato nacional, se dio el lujo de meterla desde un tiro

de esquina en el mejor gol olímpico que jamás se vio en el país. Era un orgullo muy tenaz ser amigo de semejante crack tan berraco.

Fue entonces cuando un locutor deportivo, durante la transmisión de un partido, lo bautizó con el apodo que lo hizo más famoso todavía. Dijo, si no recuerdo mal: “Da la sensación de estar flotando en el aire, de aletear mientras el defensa intenta adivinar la jugada, como un insecto, como una mosca a la que nunca se puede atrapar”. De ahí en adelante mi amigo se llamó La Mosca, The Fly, como le decían los rockeros del barrio, y por toda la ciudad empezaron a aparecer mensajes en las paredes que hablaban de la velocidad y de la agilidad del nuevo hombre-insecto. Su fama creció y no había ningún noticiero de televisión, ningún comentarista deportivo de prensa escrita ni ningún programa radial que no hablara de las cualidades de ese animal de alas transparentes que metía la pelota en cualquier red con una facilidad sobrenatural. Un nuevo superhéroe había nacido para la ciudad.

Fue entonces que llegó la oferta para que jugara en un club gringo. Hubiera sido mucho mejor que se lo llevaran para Europa, para Argentina, para México o para Japón, pero no, los gringos le pusieron el ojo y ofrecieron full billete por el hombre. Los directivos del equipo aquí, en Bogotá, no se lo pensaron y lo vendieron de una, sin consultarle a nadie, ni siquiera a él. Y en qué borrachera tan berraca fuimos a despedirlo al aeropuerto, a abrazarlo, a prometerle que no lo íbamos a olvidar, que siempre, pasara lo que pasara, estaríamos unidos. Y le regalamos

la bandera colombiana para que la colgara en su cuarto y un casete con música de Totó La Momposina, Joe Arroyo y Fruko y sus Tesos, para que lo escuchara en las noches de invierno, cuando todo se ve en blanco y negro. Pero ya el man iba descompuesto, con la cara trastornada, deprimido, como si a La Mosca, por primera vez, la hubieran fumigado desde arriba. Era una pena verlo en la zona internacional de El Dorado mostrando su pasaporte a los agentes del DAS con los ojos llorosos, encorvado, ido, como si al avión en el que iba a volar lo esperara un accidente y él se fuera a morir chamuscado en su elemento preferido, el aire. Y de alguna manera sí, eso fue lo que pasó: ese aparato lo condujo a su propia destrucción, a su muerte, porque ya en el extranjero La Mosca perdió todos sus poderes, las alas se le cayeron y empezó a jugar como un bicho intoxicado con insecticida. Su fama desapareció, la gente empezó a olvidarse de él, y el equipo en el que jugaba perdía partido tras partido y jamás llegaba a las finales. Una pesadilla completa. En una llamada que le hicimos con plata que pusimos todos los del combo, el hombrecito lo único que nos dijo en el aparato fue: “La nostalgia me está matando. No puedo más. Yo sólo sé jugar entre mi gente”. Y para evitarse más explicaciones colgó sin despedirse. Otro jugador nos informó que, en efecto, La Mosca se la pasaba en restaurantes colombianos bebiendo Manzana Postobón y Pony Malta hasta la madrugada, comiendo patacones, frijoles, huevos con arroz, bocadillos veleños y arequipitos, y buscando en los canales latinos cualquier noticia sobre su país. Se engordó más de la cuenta y lo

mandaron a chupar banca. Ya jugaba muy de vez en cuando y cuando lo hacía era un paquete completo. Al poco tiempo le cancelaron el contrato y el mancito se regresó jodido, sin un peso, desprestigiado y con una depresión crónica que lo obligó a internarse en una clínica psiquiátrica de la que ya no saldría jamás. Luego le comenzaron unos ataques y los médicos dijeron que el hombre sufría de una esquizofrenia con períodos paranoicos. Y el bacán que conocimos desapareció poco a poco, se esfumó, y en su lugar nos dejaron un paciente que se pasaba las semanas y los meses sentado frente a una pared sin decir nada.

Ahora solemos visitarlo los domingos en la sección de cuidados intensivos, le llevamos Colombiana y Chocoramo, y el hombre intenta sonreírnos, nos abraza con la tembladera típica que le producen el Sinogán y el Alopídol, y nos presenta a los otros enfermos de su sección. De la antigua Mosca no queda nada. Ahora es una alimaña repugnante que se arrastra por el patio de la clínica en busca de unos pocos rayos de sol. Y cuando le preguntamos si no extraña jugar un rato, si la redonda no lo visita en sueños, si no daría cualquier cosa por calzarse unos guayos y por pisar un campo recién cortado, si en medio de los ataques no ve jugadas maestras o camisetas de sus antiguos compañeros, si no quiere que le regalemos de Navidad o de cumpleaños una pecosa profesional para que patee unos minutos en un rincón del patio, el mancito se limpia las babas del labio inferior y nos dice: “No, muchachos, frescos, así está bien. El que jugaba fútbol se murió”. Y nosotros salimos a la calle con el ánimo por el suelo, y

los lunes tenemos que regresar a unos trabajos de porquería que escasamente nos dan para comer, y sabemos, aunque nunca lo comentemos entre nosotros, que la única esperanza que teníamos de trascender nos la hicieron pedazos en el extranjero.





Beltrán Obregón. DEPORTIVO CAE.
Óleo sobre aluminio, 19 piezas, dimensiones variables. 2002.
Colección de Arte del Banco de la República.

El cucho

RICARDO SILVA ROMERO

EL PARTIDO COMENZÓ hace 40 minutos, pero todavía van cero a cero. Los locales, como siempre, están acorralados. El cucho, que es el entrenador, el director técnico del equipo del Gimnasio del Retiro, se muerde las uñas porque lo van a echar, porque el rector del colegio, presionado por el consejo directivo, ya no le va a aguantar que los chinos se dejen meter otro gol o que pierdan otro partido. Esta es su última oportunidad. Sí señor: esta vez tienen que ganar. Como sea. Este año el Gimnasio lo ha perdido todo: el concurso de bandas, las olimpiadas de matemáticas, el puesto en el escalafón de los mejores colegios de Bogotá. ¿También van a quedar por fuera de la segunda ronda del campeonato?, ¿van a ser humillados en su propia cancha?, ¿tendrán que reconocer que no sólo no les funcionan las cabezas sino que tampoco son capaces de usar las patas?

El cucho cree que sí. Está convencido de que ese, el del Gimnasio, es el peor equipo de fútbol que ha visto en su vida. Querría reírse de ellos en paz, en la comodidad de las tribunas, pero no puede porque es el entrenador. Los

goleadores cabecean con los ojos cerrados, los defensas le pegan puntazos al pasto y los mediocampistas tratan de terminar una conversación que comenzaron en el recreo de almuerzo: ¿habría que agregar algo?

Que la suplencia está hecha de tipos altos, muy altos, que no lograron entrar en el equipo de básquet ni se han tomado el trabajo de comprar guayos. El arquero le tiene miedo al balón y acaba de perder el examen final de Química, y el crack del equipo, el jugador de quien depende la figura, el esquema, la estrategia, el astuto David Delgado, hijo de don Gonzalo Delgado, el respetado presidente del consejo directivo, sufre constantes ataques de asma y hasta el momento no ha tocado ni una sola vez el balón.

—Estamos jodidos —dice El cucho—, habrá que pedirle puesto a mi cuñado.

—Profe, ¿qué hace su cuñado? —pregunta El chino Morales, que es malo para el fútbol, para el estudio, para la vida social, para todo lo que uno pueda imaginarse, pero, porque le inspira lástima a El cucho, desde hace unas semanas se ha convertido en el asistente técnico del equipo.

—Tiene una cadena de ferreterías, chino, y para que vea que no le va nada, nada mal —dice El cucho justo cuando David Delgado, en la primera jugada que hace el equipo en todo el partido, un contragolpe, se saca a uno, a dos, a tres, le hace una finta al arquero, y es derribado por un malparido del otro equipo, porque, claro, esos niñitos de esos colegios ricos, como este, juran que una patada no importa y que uno no se raspa ni nada—: ¡penal!, ¡penalti!, ¡juez!, ¡árbitro, papá!: ¡penalti!

La banda de guerra toca, con rabia, el himno del Gimnasio del Retiro. El rector del colegio se abraza con los alumnos de último año. El profesor de filosofía, Londoño, sonríe con ironía. El árbitro, aterrado, dice que ahí no hay nada, que sigan jugando, y mira de reojo a las tribunas que avanzan un poco, como una multitud de extras, como fueran a lincharlo en un minuto. El cucho se deja caer sobre la banca. Se afloja la corbata. Puede estar a punto de un infarto o de un gas: cualquiera de los dos: la angustia y la Coca-Cola le hacen daño.

—Perdón, chino —dice—, la Coca-Cola me infla la barriga.

—Fresco, profe, mi hermanita vive con amebas.

—¿Amebas?: ojo, chino, que esas se pueden enquistar en el cerebro, ¿oye?

—No, no, no: amebas —dice El chino y se pone a pensar en la posibilidad de que El cucho no sea tan brillante como él cree.

Jaime Venegas, el capitán del equipo del colegio, famoso por sus patas chiquitas, se lanza contra el inmenso defensa que cometió el foul no sólo porque David Delgado es su mejor amigo sino porque habían quedado de ir a hacer rafting a Barichara este fin de semana, y ahora, que lo ve lamentándose en el suelo, dándose besitos en la rodilla, sospecha que habrá que cambiar de planes. ¿Qué será?: ¿cine en el Andino?, ¿rumba en Chía?, ¿el cumpleaños de la vieja del Marymount?

Los jueces de línea entran a la cancha para impedir la pelea. El árbitro, con los ojos rojos, como bolitas de carne

cruda, se tapa la cara con las manos. El cucho y El chino se meten al campo. Las trompetas de la banda de guerra tratan de tocar algo, pero todas se equivocan de canción y se quedan mirándose las unas a las otras. El rector del colegio le ordena a la tribuna que no se mueva, que no vaya a dar un paso más. El profesor de filosofía, Londoño, ayuda a controlar la situación.

—No nos vamos a dar en la jeta por un partido de fútbol —les dice—: a ver allá, usted, tranquilo.

—¿De qué colegio creen que son? —les pregunta, con sarcasmo, el rector—, ¿del liceo Richard Nixon?

Los plays del curso, liderados por Lucas Peña, que tiene una avioneta espectacular y además sabe volarla, se ríen porque son tan, tan populares, que nunca habían oído hablar de un colegio tan lobo. La barra del otro equipo, que es la tribuna de un colegio masculino del norte (para decir verdad, ha preferido no ser mencionado en esta crónica), provoca, con señales de la mano, la ira de los fanáticos locales.

—Bueno, bueno, a portarse como gimnasianos —dice el rector y señala a la hinchada del otro colegio—, que ellos pongan la grosería, que nosotros, mientras tanto, ponemos la decencia.

Mientras El chino Morales separa a Venegas del inmenso defensa, del agresor, del capitán del otro equipo, que es un tipo de unos veinticuatro años que no habrá sido capaz de pasar Cálculo en los últimos seis años y se habrá despedido de “su colegio querido” en los últimos seis anuarios, El cucho se le queja con rabia al árbitro a pesar de que el juez de línea, que tiene la pantaloneta subida hasta el cuello, y

manotea y manotea y manotea, le exige con palabrotas que vuelva a su lugar y no ponga problemas.

El árbitro se quita las manos de la cara. Y El cucho descubre, entonces, que lo conoce de la guerra de Corea y que está llorando desconsoladamente, como un niño chiquito.

—¿Qué pasa, juez?, ¿por qué llora, hermano?

—La mamá se le murió esta mañana —dice el juez de línea.

El árbitro solloza, asiente, berrea. Es, desde ya, un recuerdo imborrable. Su mamá ya no está y todo el mundo, en la tribuna, se empeña en recordársela. Pobre hombre de negro. El cucho le quita el silbato de la boca para que no pite ahora, cuando El chino Morales impide que Venegas sea destrozado por el veterano defensa, y el profesor de filosofía, Londoño, hace lo que puede para calmar la rabia de las graderías.

David Delgado, el genio del equipo de fútbol del Gimnasio del Retiro, está a punto de perder el conocimiento. Y, en medio de la pelea, al tiempo que sufre un intenso ataque de asma, y su papá, el honorable miembro del consejo directivo, entra a la cancha para salvarlo con un poco de *Ventilán*, sólo puede pensar en la clase de filosofía, y en que Londoño, el profesor, dijo que no había ninguna forma para probar que sí existíamos, y que todo esto, la hinchada, el balón, incluso El cucho, podría ser parte de un sueño.

Pero si el mundo es una ficción, ¿por qué le duele la rodilla?, ¿por qué se queda sin aire?, ¿será que, como dijo Londoño, ha sido educado en el miedo, en la materia, en el dolor?, ¿puede ser que, como decía Platón hace como cien

años, sólo exista la idea del dolor, o la del miedo, o la del asma?, ¿puede ser que sólo tengamos la palabra “miedo” y la palabra “palabra” y que tengamos que conformarnos con esos códigos y pretender que sí, de verdad, aprendemos el mundo?, ¿o cómo era eso que decía el profesor esta mañana?

Queda poco de David Delgado. Ahora abre los ojos y ve a don Gonzalo, su papá, muerto del miedo. No, no está muerto. Si lo estuviera, su papá estaría vestido de negro, como el árbitro malparido, y no oiría la torpe banda de guerra del colegio, no, sino el desafinado coro de la iglesia. Aunque, si lo piensa con cuidado, le encantaría que lo enterraran en el punto penal de la cancha. Con la banda de guerra, con las porristas, con todo. Con honores.

El cucho, a unos metros, le pone una mano en el hombro al árbitro. “La vida debe continuar”, le dice. El partido tiene que seguir y el equipo tiene que ganar. No puede perder el puesto, no. Esta vez no. La pensión, con el ácido úrico podrido, con la próstata de los 73 años y la pierna tiesa de Corea, ya no le sirve para nada, y ya no es sólo que los dueños del apartamento lo estén presionando para que pague el arriendo, ni que el amante de su esposa necesite un poco más para comprar aguardiente, ni que le hagan falta unos pesitos para sostener a su única hija, “que resultó madre soltera” y ya ha acusado a tres inocentes de ser el padre, sino que, como si fuera poco, tiene que cancelar, a como de lugar, una deuda de juego. Podría no pagarla, claro, pero quizás en el futuro necesite sus brazos y sus piernas para algo.

—Hermano —dice El cucho—, ¿me perdona si le hago una pregunta?

—Yo no vi ningún penalti —dice el árbitro—: el pelao se piscinió.

—Pero hombre, no, si ya no tiene una rodilla —dice El cucho.

—Ahí no hubo nada —dice el árbitro sorbiendo los mocos—: se vuelven es mañosos de tanto ver televisión.

—Claro que esa no era mi pregunta —aclara El cucho—, yo sé que usted ya no puede echarse para atrás, hombre, yo llevo en esto del fútbol no sé cuántos años. Mi pregunta es si usted estuvo en la guerra de Corea.

—¿Por qué?

—Porque yo creo que usted es Atanasio García y creo que le salvé la vida por un pelo.

—¿En Corea?

—En el avión: usted estuvo a punto de caerse y yo alcancé a cogerlo en el aire pero por un poquito y se nos mata.

—¿Usted es Ramiro Carranza? —dice como si regresara a la infancia.

—Tiempo sin vernos, ¿no? —dice El cucho—, uno les salva la vida y después desaparecen.

—No, no diga eso —dice el lloriqueo del árbitro—, es que llega una cosa y la otra y uno se casa y la vieja resulta defectuosa, y la mami se le muere a uno, como ahorita, y los hijos se van y uno después, en pleno partido, sólo quiere morir.

—Siento mucho lo de su mami, Atanasio —dice El cucho—, yo sé que era la niña de sus ojos.

—Tan linda la vieja, ¿cierto?

—Hombre, no, yo no la conocí, pero usted hablaba de ella hasta dormido.

—¡Árbitro hijueputa! —grita Peña, el líder de los plays, los más populares del colegio, y entonces se hace el gracioso imitando a una especie de hinchita paísa—: comencé el partido, papá.

—Lárguese —le dice el rector, que, pobre, al comienzo de su gestión insistía en que había que tratar bien a los muchachos, en que el colegio debía convertirse, de verdad, en un segundo hogar, y en que en vez de instruir tenía que educar, pero ahora, seis años después, está convencido de que hay que coger a esos malparidos hijos de papi por el cuello, y zarandearlos y ponerlos de rodillas para que pidan perdón por lo estúpidos que son y lo detestables que pueden llegar a ser—: no quiero volverlo a ver.

—¿Y entonces por qué mejor no se va usted? —le dice Peña.

El auditorio emite un “oh” colectivo y se queda callado. El rector mira al suelo, a su zapato desamarrado, y piensa que debería irse a vivir a otro país, o poner un negocio, y desaparecer, volverse informante de la guerrilla y comenzar por decir que los Peña tienen una avioneta espectacular. Y además saben volarla.

—Váyase, no sea insolente.

—Y si no, ¿qué?

—Ya, ya, Peña —dice el profesor de filosofía—: nadie lo va a aplaudir por dárseles de valiente.

—¿Y usted más bien por qué no se calla? —le dice Peña—, ¿no tiene ningún alumno para coquetearle?

Segundo “oh” colectivo. Los demás plays comienzan a molestarse con Peña. Ya no es chistoso: es ofensivo. El

pobre profesor Londoño será medio amanerado, y se vestirá con sacos pegados al cuerpo, sí, pero no porque invite a los alumnos a tomar cafés a los lugares de moda, o porque los lleve de noche a conocer su apartamento y les haga preguntas privadas sobre sus costumbres masturbatorias, ahora va a resultar marica. Y si lo es, ¿qué? ¿No eran homosexuales Platón y Aristóteles?, ¿no iban los griegos por ahí, medio empelotos, hablando de si somos más reales que nuestras propias sombras?

—El lunes lo espero en mi oficina a primera hora —dice el rector—: si no va, considérese expulsado del colegio.

Si no se reanudara el partido, si El cucho no animara al árbitro a continuar el juego, seguro que Peña, que ahora se ríe de las amenazas del rector, y se mete el dedo índice en la boca como diciendo que en cualquier momento va a vomitar, armaría una tragedia.

—Profe, ¿usted ya se conocía con el juez? —pregunta, en la otra orilla de la cancha, El chino Morales.

—Nos conocíamos de la guerra.

—¿De Corea?

—De Corea, chino, de Corea, pero ahora vaya, reúna al equipo que tengo que hablar una vaina aquí con el juez, con Atanasio: estimúelos, mentalícelos, métales cojones.

—Listo, profe, gracias —dice El chino y corre porque para él esto es un mundial, una oportunidad de la vida. El árbitro, que está muy triste, pero no es bobo, le pide al juez de línea, con un gesto simbólico, que declare finalizado el primer tiempo. Y así lo hace. Y la tribuna, consternada, se desgrana en unas doscientas personas. Y tienen hambre.

—¿Y Atanasio cuándo salió de la cárcel? —pregunta El cucho así, como si nada, como al mismo aire del pobre juez—, ¿no que tenía que estarse como treinta años?, ¿eran treinta o cuarenta?

—Yo no le toqué ni un pelo a esa niña —dice el árbitro y le da un beso a un círculo que arma con su dedo gordo y su dedo índice: Dios es mi testigo.

—Hombre, lástima que mi Dios no haya declarado en la indagatoria —dice El cucho—, Atanasio se habría salvado de la cárcel y se habría evitado la fuga de hace tres meses.

—¿Cuál fuga?: yo no le hice nada a esa pelada.

—Hombre, tranquilo, mucha gente ha estado en la cárcel —dice El cucho: nunca se le había pasado algo tan horrible por la cabeza—: tranquilo que yo no voy a decir nada, yo sé cómo son esas niñas cuando están en los colegios, yo sólo quiero que ninguno de los dos, ni usted ni yo, perdamos el puesto.

El árbitro abre sus ojos crudos. Él no ha hecho nada malo y quiere mucho a su mamá. Esa es la frase que le pasa por la cabeza.

—Usted sabe que yo siempre he estado listo a salvarle la vida.

—Yo sé, yo sé —dice la sabiduría del árbitro—, no se preocupe.

—Gusto de verlo, Atanasio.

—Lo mismo digo, Ramiro.

Y El cucho no se voltea a mirar al árbitro ni una sola vez mientras camina hasta donde está el equipo, que ahora se burla del discurso, plagado de lugares comunes, que ha

emprendido El chino Morales.

—Bueno, bueno —dice El cucho al tiempo que saca un recorte de periódico del bolsillo de su chaqueta de cuadritos con parches de gamuza en los codos—, dejamos la rochela y nos concentramos en jugar un poquito de fútbol. Es que yo no sé qué es lo que les pasa. ¡Putal!: ¡tiene más garra un anca de rana! Es que hasta yo les estaría dando sopa y seco a esos vergajos.

—Pero Cucho, ¿no ve que nos están jugando sucio?: metieron al huevón ese en la defensa y casi me mata.

—Pero claro que nos están raboniando, Delgado, claro, hasta su taita creyó que me lo habían matado, y todo, pero yo sí le digo una cosa: aquí donde me ve trabajé en un taller, fui a Corea, jugué en las inferiores del Santa Fe, tuve un restaurante y quebré, alcancé a hacer una hija y me duele un jurgo mear, pero a los 73 todavía se me para cuando pasa una muchacha en minifalda y todavía pongo los pases como con la mano y los goles en donde el carpintero puso la esquadra. Y usted tiene cuántos, ¿diecisiete?

—Diecisiete.

—Y hombre, nada, nada de nada por ahí.

—No le entiendo, cucho.

—Que parece un mariquita, Delgado, un mariquita: ¿ya se le acabó el aire?, ¿quiere que el cacorro de filosofía le haga respiración boca a boca?

El equipo se ríe. El cucho los mira, uno por uno, y piensa, con cierta ternura, que al final son como unos hijos de mierda que nunca tuvo. Delgado sabe que el entrenador no ha querido ofenderlo, y que lo que le está diciendo es, en

realidad, que todos dependen de él. Que tiene que jugarse el partido de la vida y salvarle el puesto porque ni su papá, ni el rector, están dispuestos a perder otro torneo. Es la última oportunidad.

—Pero si ni siquiera tenemos pruebas de que existimos —dice Delgado—, entonces, ¿para qué nos matamos jugando?

—¿Qué?

—Pruébeme que existimos, Cucho: deme una prueba de que esto sí es la realidad, de que no somos un programa de computador, o una obra de teatro montada por un dios maligno.

—Mierda: este se enloqueció.

—¿Usted dice como en *The Matrix*? —pregunta El chino Morales. Los demás, claro, han perdido el interés porque, existamos o no, habitemos o no un juego de PlayStation, la verdad es que ahí, mírenla, viene una vieja espectacular.

—Exacto: como en *The Matrix*.

—Usted la vio, profe?

—No, chino, no: yo me quedé en *El último cuplé*.

—Cucho: dígame que no se ha puesto a pensar nunca que de pronto todo es un sueño.

—Es una pesadilla —dice El cucho—: si fuera un sueño, iríamos ganando.

—En serio: no hay ninguna manera de probar que esto no es una ficción, y si lo es todo depende de que queramos jugar el juego.

—Pero yo pienso, yo como, yo tengo hambre —dice El chino Morales—: ¿eso no cuenta para nada?

—Para nada: alguien nos está engañando.

—Pero entonces nada tiene sentido.

—Nada.

—Todo es como una película.

—O como un partido de fútbol —dice El cucho—: como este picadito, y vamos a ganarlo, eh ave maría, y vamos a sudar esa camiseta y a correr hasta los fueras de lugares.

—Pero si todo es un juego, no hay necesidad de inventarse otro: perder o ganar da lo mismo.

—No, chino, no: hay que ganar —dice El cucho—. ¿O es que se les hicieron así?, ¿ah?, ¿se aculillaron?, ¿me van a venir a mí con pendejadas?, ¿saben qué tengo aquí?, ¿en la mano?, ¿no?

No, no saben.

—Este es mi horóscopo, el de leo, ¿quieren que se los lea?, ¿no?, ¿sí?, ¿les da lo mismo? Pues dice “siempre piensa en los demás pero hoy necesita estar en primer lugar: darse gusto y hacer los viajes aplazados. Se guiará por la intuición, hará los cambios que ésta le indique y se relacionará con las personas que sienta próximas. Gracias a su intuición, antena en tierra, encontrará también una forma segura de invertir su platica. Con su intuición de zorro de monte podría pronosticar resultados electorales o partidos de fútbol”. ¿Partidos de qué, chino?

—De fútbol, profe.

—No de tejo ni de básquetbol ni de tenis, ¿cierto?

—No señor: de fútbol.

—Eso es: aquí hay un zorro, uno que sabe más por viejo que por diablo, y eso soy yo, que existo, que todo el tiempo siento agrieras, y que voy, y hago la fila, y pago

la cuenta de luz, que existe, y aumenta, y no me vengán a decir que es un engaño de los sentidos, porque ahí el engaño es del gobierno, y sé que este es el momento, que no hay más, que o ganamos o ganamos, y si no ustedes pierden un recuerdo de sus vidas y yo el último puesto que me queda. Delgado: hay que jugar el juego, métale huevos, póngale picante. ¿Quiere pensar que nada existe? Pues piénselo, mijo, porque qué más da. Da lo mismo. Si todo esto es un juego, una farsa, no hay que tener asma y lo que hay que hacer es jugar, ¿sí o no?

—Pero este es mi último partido —dice Delgado.

—Lo que sea, mijo, pero despabílese, por Dios, despabílese: juegue por esa vieja —dice señalando a la mujer que camina por el borde del colegio—, por ese culo, por esa sonrisa, ¿usted tiene novia?

—Sí, cucho, sí, qué importa.

—Hombre, importa mucho, ¿está en las barras?

—Sí señor —dice El chino Morales—: es esa.

—¿Y no quiere zampársela?

—Bueno sí, no, no en esos términos.

—Entonces qué, ¿quiere que sea suya?

—Como sea, Cucho, da igual, qué importa.

—Hombre, importa mucho: si no quiere jugar porque no le ve el sentido a nada, juegue porque está quedando como un marica con su papá y con su novia.

El equipo dice que sí con la cabeza, como si estuvieran a punto de una batalla y el general les hubiera gritado un estupendo discurso para avivarlos, para enfurecerlos, para incendiarlos. El señor árbitro, cansado de todo, pita y señala

el centro del campo para que comience el segundo tiempo. Y El cucho los mira a todos y les dice, con un gesto, que su vida depende de esos 45 minutos. Que nunca antes el futuro de alguien había estado en unas patas.

—Yo veré, Delgado, yo veré.

—Fresco, Cucho —dice David Delgado mientras se levanta y recupera, con un par de movimientos, la flexibilidad—: si perdemos yo le digo a mi papá que fue mi culpa.

El cucho sonríe. Así era él, como Delgado, cuando tenía esa edad. Irreverente, hábil con la zurda, metelón. Sí, así era: a veces quisiera ser más joven. Saber más por diablo que por viejo. Pero no, ya no, ya qué: casi siempre se siente muy bien, con todo y sus 73 años, fuerte como un toro, y nunca ha lamentado demasiado ser un viejo.

El chino Morales está muy nervioso. No quiere perder a El cucho. Lo ve ahí, con la corbata suelta, secándose la frente con un pañuelo de rayas, resoplando, escarbándose un poco la nariz, acomodándose en su lugar, y quiere ser su asistente técnico para siempre. Es su maestro, sí. Nadie, en ese colegio, ha podido estimularlo como El cucho. Nadie le ha dado tanta seguridad en sí mismo. Ni siquiera en primaria.

Y comienza el segundo tiempo del partido. Y el tipo de veinticuatro años, el peligroso defensa del otro equipo, se le pega a David Delgado como un guardaespaldas y no lo deja moverse, ni respirar, ni nada. Y entonces El cucho cierra los ojos y se dedica a oír los insultos de las barras, los regaños del rector y las exclamaciones de El chino, que le recuerdan, vagamente, a las de Robin, el compañero de Batman, en la serie de los sesenta: “santas termitas, Cucho”.

Van a perder. El cucho abre los ojos y allá va, por la derecha, un pase al fondo. Y un delantero del otro equipo, que corre y corre y corre, está a punto de centrar el balón. Y lo hace. Y el tipo de veinticuatro años llega y cabecea tan duro que parece que le hubiera pegado con la pierna. Y el arquero, aterrado, cierra los ojos. Y es gol, Dios mío, y eso deja el marcador uno a cero —o cero a uno, mejor— cuando queda media hora para que se termine el partido. Y a El cucho ni siquiera le sirve empatar. No, no puede. Tiene que ganar porque, de lo contrario, saldrán del torneo. Del único campeonato en el que son locales. De la competencia que ellos mismos organizan.

Hay que hacer algo. Hay que mover esta vaina. Se quita la chaqueta de cuadros, se la entrega al chino Morales, que la dobla con cuidado y se la cuelga en el antebrazo, como una mamá de los cincuenta, y al tiempo que se saca la camisa del pantalón, bajo las risas de la tribuna de los plays, la angustia de los de la suplencia y el desprecio de las barras del colegio oponente, comienza a gritar todos los dichos que se sabe.

—Pica más un arequipe —le grita a David Delgado—, ahí, por la misma, por la misma, vaya, vaya, ¡no, no: eso es mucha maleta!

Delgado, bajo la mirada de su papá y la boca de su novia, le pide a Dios, si acaso existe, si no hace parte de la farsa o si de pronto la dirige, que le quite el asma, que lo deje correr como un carterista, como un raponero, como un hampón, que le dé piernas para sacarse a este, y al que viene, y para hacerle el pase a Venegas, que lo acompaña a un lado, pero entonces, cuando su amigo va a patear al arco con todas sus

fuerzas, el mismo matón de antes, el veterano de mil batallas, se lanza, con rencor, contra su tobillo.

A la tribuna le duele más. Los populares gritan, como un coro gregoriano, sílaba por sílaba, la palabra “malparido”. El rector, molesto, le dice a don Gonzalo Delgado, el presidente del consejo superior, que no puede creerlo. El profesor de filosofía, Londoño, está paralizado como si a él le hubieran dado la patada. El Cucho escupe a unos centímetros del zapato de El chino Morales y se lanza a la pista atlética para defender a sus muchachos.

—Que ese penal quede en su conciencia, juez —grita El cucho—, que se lo lleve a la tumba.

El árbitro señala el punto penal, se da la vuelta y le pica el ojo a El cucho. No podía ser más descarado, es cierto, pero ese gesto, esa milésima de segundo en su vida, le devuelve el alma al cuerpo al entrenador.

Claro que ahora hay otro problema. No uno, dos. Primero, Venegas no puede levantarse del dolor y un grupo de suplentes, comandados por El chino Morales, lo sacan, alzado, de la cancha, mientras le dice a Dios que no, que no es justo, que ahora ni siquiera va a poder ir a cine al Andino, ni al rafting, ni a la fiesta, ni a ni mierda.

—Qué chanda —grita—: qué empute, marica, qué mamera.

Y, segundo, el profesor de filosofía, Londoño, ha bajado al campo y está hablando con Delgado y seguro que le está metiendo más pendejadas al pobre en la cabeza. No le gusta para nada esa amistad. Donde él le hubiera dicho a uno de sus profesores del Liceo que el mundo era una farsa o que nada

tenía sentido, seguro que le habrían volteado la cara de una cachetada.

—Delgado, hombre, métase al campo a cobrar —le grita El cucho.

—Sí, Delgado —grita Peña, el rey de los plays, con todas sus fuerzas—, no sea promiscuo.

Los plays se ríen, sí, aunque parece que no supieran muy bien cuál es el significado de la palabra “promiscuo”, pero Londoño, el profesor, no resiste más y se dirige, como un asesino, hasta las graderías.

—Cójanse la mano, frescos —grita Peña—, ahora hasta pueden adoptar.

—Cállese, Peña, ni una palabra más —exige el rector.

—Sí, cállese —dice un sublevado.

Y ahí viene Londoño, dispuesto a darle su merecido. No soporta más los rumores de su homosexualidad. Ya tiene 35 años y esas cosas no deberían importarle, pero le enerva que los alumnos se rían a sus espaldas, que se burlen de él en los anuarios (“in and out: lo que ocurre detrás de Londoño”, decía el último chiste), que no pueda ponerse en paz los sacos y las camisas que le gustan ni las pulseras que trajo de la Sierra Nevada de Santa Marta. Si supieran. Si sólo supieran.

—Qué, ¿me va a pegar? —le dice Peña—, qué man tan boleta.

—Venga, venga a ver si es tan machito —dice el profesor de filosofía.

—Machito sí soy: no como otros.

Y todos, en la tribuna, se quedan pasmados. El rector va a ponerse en el medio, pero don Gonzalo Delgado, el

presidente del consejo superior, lo toma por el brazo y le sugiere con una mirada que no es buena idea que se meta, que a veces lo mejor es dejar que ocurra la pelea. Peña lanza un puño con el pulgar adentro y los ojos cerrados que se rompe contra un hombro. Londoño le tuerce el brazo y lo obliga arrodillarse. Y entonces le da una patada en el estómago.

—Ahora sí: ¿quién es un marica?, ¿quién?

—Usted.

—¿Quién?

—Yo, yo, yo.

Londoño lo suelta, y Peña, como Chuckie, el muñeco diabólico, que vuelve y vuelve y no se rinde ni se deja matar por nada del mundo, se lanza contra la espalda del profesor y le clava una rodilla en el omoplato. Londoño, malherido, se voltea, le da un cabezazo en la frente y lo escupe. Y Peña, que cree ver en el profesor a un monstruo, a un tipo que se ha convertido en Hulk, el hombre verde, se tapa la cara como si fuera a caerle un balón encima.

—Váyase —dice Londoño—, lárguese de aquí.

Peña mira al rector, a la tribuna, a alguien, pero nadie le responde. Prefiere irse antes de llorar.

—El lunes lo espero en mi oficina —le dice el rector.

—Espéreme a mí, a mis papás y a mis abogados.

—Venga con el que quiera, pero venga.

El cucho recuerda, de pronto, que están en un partido. Y que hay que meter a alguien en vez de Venegas. El problema es que ninguno de los de la banca tiene guayos, y que el lesionado, Venegas, tiene los piecitos chiquitos. ¿Quién podría jugar?, ¿quién?

—Profe: podemos ganarles con diez —dice El chino Morales.

Y a El cucho, como en los cómics, se le enciende el bombillo: los pies de su asistente son diminutos.

—Chino: pruébese los guayos de Venegas.

—Huy, no, profe, qué asco.

—¿No quiere jugar?, ¿no quiere que el equipo gane?

—Sí, pero yo no juego muy bien.

—Usted es un berraco, chino: vaya allá y déjelos mamando, pruébese los guayos y hágase su golecito.

Al chino se le pone la carne de gallina. La frase, “vaya allá y déjelos mamando”, redonda y conseguida, pasará a su historia personal como la que le dio la fortaleza para vencerse a sí mismo. Esa es la batalla, sí, la batalla contra uno mismo. Le dice que sí con un gesto, se quita la sudadera de toalla y la suplencia descubre que Morales, el asistente técnico, siempre lleva el uniforme debajo de la ropa. Como un superhéroe. Listo a servir.

Se mide los guayos, y, como una cenicienta moderna, descubre que son exactamente de su tamaño. Están sudados, sí. Huelen feo, claro. Pero los van a llevar a la victoria.

Delgado cobra el penalti. Y, aunque el arquero se lanza hacia la misma dirección en la que va el balón, es gol, y las tribunas se abrazan, y El cucho vuelve a respirar, y quedan veinte minutos para hacer otro gol y pasar a la segunda redonda.

El chino Morales no se complica: hace los pases rápido, piensa en las soluciones antes de enfrentarse a los problemas, quiere que Delgado sea el centro del equipo y por eso siempre le está dando el balón. Pero el partido se enreda, y

los del otro equipo, para quemar tiempo, botan el balón a cualquier parte. Y el reloj avanza. Y el juez de línea le grita al árbitro que ya va siendo hora de acabar. El árbitro, Atanasio, ex convicto y prófugo, siente que todo se va a ir al demonio. El cucho ya se ve en la ferretería, detrás del mostrador, aguantándose los sarcasmos del pendejo de su cuñado. Londoño ve venir un futuro lejos de los colegios, lejos de todo. Y el rector ya se espera la demanda de los Peña, el regaño del consejo superior y la falta de respeto de los estudiantes.

El equipo trata y trata. Pero ya sólo quedan cinco minutos y nadie se atreve a mirar al campo. Y, cuando todo va a terminar, El chino Morales le hace un pase a Delgado y Delgado se lo devuelve, y entonces se enfrenta, cara a cara, con el líbero de veinticuatro años, y, aunque nadie da un peso por él, El chino logra hacerle un túnel al defensa e irse, solo, a enfrentar al arquero.

David Delgado viene por la derecha, marcado por dos, o tres, muerto del asma. El chino simula que va a hacerle el pase y todos se dirigen hacia ese lado. Y logra, así, ir para el otro costado, sacar del camino al arquero y disparar, con todas sus fuerzas, a la cancha. Es gol. Es un golazo.

El árbitro levanta sus dos brazos como si la guerra hubiera terminado. No le importa que se den cuenta de su felicidad. Se ha salvado de la cárcel. Y no ha tenido que pitar otro penalti ni nada ni adicionar diez minutos de reposición. Celebra el gol como cuando era joven y todavía era feliz viendo partidos de fútbol. Ese dos a uno lo ha rejuvenecido por completo.

Todos se abrazan. Todos. La banda de guerra toca un pasodoble, los plays chocan las manos y el rector y don

Gonzalo Delgado se estrechan la mano. El chino Morales se abraza, por primera vez en su vida, con los del equipo, y ya tiene qué contar en su casa y cómo presentársele a las niñas de los colegios y qué pretexto dar para las pésimas calificaciones que obtiene. Corre por el campo y se levanta la camiseta a rayas del uniforme para que las cámaras, que no existen, vean un letrero que él mismo se escribió, con un marcador, en la franela: “Dios es gimnasiano”, dice.

La barra del otro equipo se ha convertido en estatua. El veterano, rendido, saca un cigarrillo y se lo fuma en nombre de la derrota. El profesor Londoño se despide, desde lejos, de David Delgado. Y se va, lentamente, y para siempre, del Gimnasio del Retiro, del último colegio de su vida. Y aunque esa imagen es muy triste, porque nos deja la duda de qué sentirá el supuesto filósofo, de qué tipo de relación existía entre él y el crack del equipo, a cambio está El cucho, dichoso, con una lágrima en los ojos, pensando que por eso, por este tipo de emociones, es que le gusta tanto el fútbol.

—Ahora sí nadie nos para —les dice a los suplentes—: me pido darle el primer beso a la copa.

Se pone su chaqueta de cuadros, se mete la camisa, se arregla la corbata. Y sale de la escena, poco a poco, como el héroe triste que se va en el horizonte.



Colectivo Bricolage. BRICOLAGE.
Registro fotográfico. 2003-2004.

La desilusión de un hincha

FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ

ERA EL BOXEADOR triste de los años olvidados. El iluso que todos los días (a las 5 en punto de la mañana) salía a devorar kilómetros y kilómetros de calor y polvo. Su nombre... lo mismo daba su nombre o su apellido; su historia... su única historia estaba por escribirse. Sus sueños eran lo único que importaba. Ganaría unos pesos, tal vez algunos dólares, y después sí, a comprarse el tiquete para ir a la Copa América con Colombia.

Después sí, a sufrir con Colombia. A gritar cada gol como si fuera el último de su existencia. Era el boxeador triste de los años olvidados, el soñador que se reventaba las manos con la bolsa de arena para obtener pegada. No había podido ser futbolista porque no era muy dúctil con las piernas, pero agotaría todos los esfuerzos para estar cerca de sus ídolos. Willington, Arboleda, Umaña, Zape, Díaz, Campaz.

¡Si consiguiera por lo menos para ir a los juegos en Bogotá!, le decía a su madre, que hasta algunas baratijas vendió para ayudarlo. Seis meses en esas, hasta que en un entrenamiento le metió su mano izquierda a Prudencio Cardona y lo mandó

al suelo. Silencio entre los siete negros que miraban la sesión. Silencio en el *manager* que vio la oportunidad de ganar algunos pesos. El primer contrato para Julio Ramírez, los primeros ahorros, los primeros partidos.

Peleó tres veces como profesional. Una derrota, una victoria y una derrota, lo suficiente para cumplirle a su ilusión. Se mandó hacer el “afro” en la peluquería de la tía Josefina para quedar igual a Diego Umaña (su ídolo), guardó en su equipaje lo que encontró. Y a sus guayos (“por si acaso”). Claro, por si acaso. A los 19 años aún podía ser futbolista. ¿Y si me dejan en una práctica? ¿Ah? ¿Y si al Caimán Sánchez le gusta mi *swing*? ¿Ah? ¿Tú qué dices mami?

Un motivo para vivir

ANDUVO POR BOGOTÁ, Asunción, Montevideo, Lima y Caracas. Tan nervioso que apenas si hablaba. Tan feliz que cada dos días le mandaba una carta a la vieja Rosario, su madre, para contarle cada partido, para describirle cada gol (como si la vieja no lo viera todo por la televisión). Cuando volvió, a Barranquilla entera la quería reunir para referirle su historia. Por el sueño cumplido, sí, pero más por la emoción de haber visto a aquel equipo ganarles a los uruguayos, paraguayos y ecuatorianos.

“Subcampeones mami, subcampeones. ¿Quién lo hubiera soñado?”. Qué risa le habían dado aquellos que no le creían cuando hablaba de “sus” genios. Cómo había celebrado cada gol, preciso por todos esos que no le creían. “¡Qué tapadas las de Zape! ¡Qué jugadas las de Willington! ¡Qué talento el de Arboleda! ¡Y ni hablar de Umaña! ¿Me

parezco? ¿Cierto que cada vez me parezco más?”. Julio Ramírez jamás olvidó aquel año de 1975.

No fue futbolista. Y el boxeo acabó con él como en la historia de “El Flecha”, de David Sánchez Juliaio. En 1977 se embarcó para los Estados Unidos por un primo que le habló bellezas de ese país. En Queens se hizo hombre como mecánico. Allí encontró a su esposa. Allí nacieron sus dos hijos. Y en Queens también entendió que lo valioso en realidad no tiene precio. Diecisiete años tuvieron que pasar... Diecisiete años de repetir aquello de Henry Miller que decía “Soy la soledad que toca el xilófono para pagar el alquiler”.

Mucho tiempo, demasiada nostalgia para sentir de nuevo algo de aquel 1975. Cuando supo que el Mundial del 94 se haría en Estados Unidos creyó que el tiempo se había devuelto. El boxeador triste de los años olvidados se transformó entonces en el borrachín alegre de los sueños recordados. El mundial, un motivo para vivir. Y Colombia, un motivo para hacer verdad lo imposible. “Y si pude antes, ¿por qué no ahora?”. Esa era la pregunta que lo rondaba. No sería con el boxeo pero...

En tres meses, un préstamo aquí, un préstamo allá, montó una tienda de ropa deportiva. Encontró la forma de llevar camisetas desde Colombia (Junior, Millonarios, América, Santa Fe), regateó para conseguir guayos baratos y así empezó. El 18 de junio de 1994 fue uno de los primeros en llegar al Rose Bowl para ver a su Colombia ante Rumania.

La ilusión en sus miradas

POR AQUELLO DE los agujeros, cargó con la misma bandera que había paseado 17 años antes por Suramérica. Tenía dos agujeros, estaba descolorida ya, pero qué importaba. También llevó un afiche de aquel tiempo del 75. Algunos se reían al verlo, otros le preguntaban. Él decía que ese había sido el mejor cuadro de Colombia en la historia. Y se ofuscaba cuando le respondían que al lado de Valderrama, Asprilla, Rincón y Valencia, esos, los que él adoraba eran colegiales. “Por lo menos, hasta hoy, son los únicos que han ganado algo, así fuera un subcampeonato”, murmuraba él, ofendido.

Dentro del estadio no dejó de alentar a su equipo. Estaba feliz otra vez. Le contaba a su hijo (el menor, porque al mayor sólo le gustaba el fútbol americano) de aquel equipo del 75. Al fin y al cabo, había decidido vivir de recuerdos y no de los famosos Tinos, Trenes y Pibes. “Todo lo que me maté para creerle a gente ignorante”. ¿Estos eran los genios que iban a ganar el Mundial?, dijo después del juego, mitad resentido, mitad engañado. “Que tal que los del 75 hubieran tenido todo este apoyo...”.

El miércoles 22 de junio repitió la misma rutina. Pero ya no gritó, ya no alentó más a Colombia. Trató de imaginar que Valderrama era Umaña, que Asprilla era Willington, que Córdoba era Zape... Pero no, no pudo. Con el segundo gol de Estados Unidos se levantó. “Te espero afuera”, le dijo a su hijo. Y salió para sentarse en un andén con su afiche desplegado. Así estuvo hasta el final del partido, con los ojos

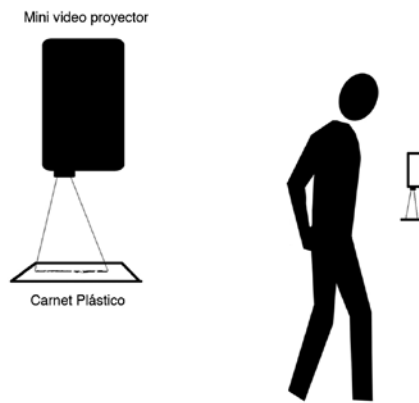
clavados en el 75; con la ilusión hecha pedazos. No le importaban la plata, los meses invertidos, los trabajos.

No le importaba ni siquiera la derrota. Sin ver, vio a esos hinchas que salían llorosos; con la peluca de Valderrama en la cabeza, con la camiseta amarilla... Y sintió que en cada uno de ellos estaba él 17 años más joven. “Ven Carlitos”. Le habló suave a su hijo. “Mira a estos tipos”, y señaló “su” equipo. “No tenían patrocinadores ni ganaban millones, apenas para vivir. Los presidentes jamás fueron a verlos. Y cada gol que hacían era la misma felicidad. No sé cómo explicarlo... Es como cuando tú vas contra la corriente y ganas; la alegría es tres veces mayor. Por el triunfo, por la gente que no creyó en ti y por ti mismo, ¿ves? Míralos, se les notaba la ilusión en la mirada, las ganas...”

No dijo más. No tenía nada más que decir. A él, como a todos los que salían del Rose Bowl, le habían matado la ilusión. Y eso era lo que más le dolía. El boxeador triste de los años olvidados. Un hincha más, herido, acabado. Una víctima de la ilusión generada por la Colombia de USA 94. En realidad, el espejo de un país. El reflejo de una afición. Su historia fue la historia de todos. Con otros nombres tal vez. Con algunas variaciones quizá. Pero en el fondo, la misma historia. Al volver a Queens no tuvo necesidad de contar lo que había ocurrido. Los noticieros lo habían hecho por él. Habían desmenuzado a Colombia.

Habían hablado de las influencias negras del fútbol colombiano. De las amenazas, de las supuestas apuestas, del narcotráfico. De todo lo que a él le avergonzaba. “Y pensar que en aquellos tiempos míos nada de esto existía”.





Pase-gol / Línea de meta

Elkin Calderón, 2000

La obra *Pase-gol / Línea de meta* es un video en loop que se muestra desde un miniproyector sobre un carnet plástico o tarjeta de crédito.

Se genera una pequeña video proyección donde lo que vemos, es la imagen del jugador de fútbol de la liga Inglesa Fowler, una y otra vez repitiendo su inusual celebración luego de marcar un gol, (simulando inhalar cocaína).

A su vez aparece y desaparece una línea blanca producto de una interferencia en la señal de video que simula una línea de cocaína de tamaño real.

Lenin en el fútbol

GUILLERMO SAMPERIO

YA VES, EL que no se vuelve entrenador, pone su negocio o hace comerciales. No sé si has visto al Reynoso haciendo comerciales para el pan Bimbo, y al *Pajarito* anunciando relojes contra balonazos durante un supuesto partido de garra. Yo he estado a un lado de la portería y nunca le he mirado ningún reloj, si hasta las rodilleras le molestan. En la actualidad nada más los mamones usan rodilleras y relojes, como Calderón. Yo las llegué a utilizar, pero ya llovió desde entonces ahora a pura rodilla pelona y nada más, manito. Pero el asunto que me tiene jodido no fue una cosa que se me ocurriera de la noche a la mañana; además, tú sabes bien que los jugadores siempre se han quejado, los de ayer y los de ahora, y siempre es la misma cantaleta; no hay seguridad y todo déjalo a la buena suerte de tus piernas. Otro hecho que me animó a pensar mejor las cosas fue el movimiento sindical del SUTERM, que se la está rajando bonito y sabroso. Desde luego que no trato de escamotear mi responsabilidad, ni desmentir lo que dicen los periódicos sobre la propaganda que yo realicé, y esto no lo escamoteo porque

creo que nosotros teníamos la razón, ¿verdad? Lo estuve pensando mucho tiempo y hasta me leí un libro de Lenin que habla sobre los sindicatos y lo pinche que son los patrones. A últimas fechas la idea se fue madurando como una buena jugada para gol y cuando comencé con mi propagando, manito, el lic Iturralde dijo que lo único que faltaba, después de los tupamaros, era balompiecistas de izquierda, como si los futbolistas fuéramos puros pendejos conformistas.

Por su parte, Benítez, un vendido a la directiva, argumentó que por lo menos (te das cuenta, manito, por lo menos) ahora pagaban mejor que antes, que cuando *el Dumbo* Rodríguez y *el Pirata* Fuentes. Que no había motivo para tanto escándalo. Pero Benítez es seleccionado, a Benítez le importa una chingada lo que pasa en las reservas; Benítez no piensa en los de segunda ni en los de tercera; Benítez gana bien, tiene una tienda de deportes, vive a toda madre y se parece al lic Iturralde, en lo ojete. Sí, aunque tiene apellido español, es argentino pero de los que dicen que hay que acabar con los comunistas; sí, estaría muy bien departiendo con los militares, aunque no lo creas. Y Benítez no tiene remedio, y yo creo que me ha de odiar porque en las asambleas siempre lo ponía de ejemplo de lo que no debe ser un futbolista. Elvira también tenía miedo, pero un miedo distinto, de mujer, aunque podría pensarse que Benítez tenía miedo de mujer, peor para él; Elvira me salió luego luego con sus no te metas en líos, mira que los niños necesitan un futuro bien cimentado, deja el asunto para otra ocasión y bla-bla-bla, y hasta en la cama seguía con su bla-bla-bla, machaca y machaca.

Tú sabes lo sentimental que son las mujeres y Elvira me salió de las radicales, ya la conoces; pero le agradezco sus caricias en las noches en que me veía muy desesperado. Todo va a salir bien, me decía, a pesar de sus rabietas matinales, y sus manos me despeinaban y luego me alisaban el cabello. Cuando me salía con sus reproches yo no le decía nada, comía en silencio, tragándome también las chingadas madres, porque Elvira no pensaba mejor las cosas, nada más existía su casa y sus hijos y su madre. Con mi suegra fueron unos escándalos de los mil demonios; mi suegro estaba de acuerdo en la necesidad de sindicalizar a los ba-lom-pie-cis-tas.

Y todo lo planifiqué como si estuviera formando la mejor selección nacional, manito. Fíjate. Algunos sólo querían que se pidiera aumento de sueldo y primas extraordinarias; otros, con los que yo había platicado, pedíamos que no sólo se remunerara debidamente a todos los compañeros, sino que era indispensable crear una organización que nos protegiera ahora y en el futuro, que la mejor manera de que lográramos respeto era esa, un sindicato de futbolistas, que sólo así tendríamos la suficiente fuerza para que desde tercera hasta primera dejaran de jodernos. Se nombraron comisiones para ir a provincia: en Toluca ganamos algunos adeptos, en Guadalajara se decidieron a aplicar el programa de acción hasta sus últimas consecuencias, o sea, hasta la huelga si era preciso. Hasta Gómez se aventó la puntada de comprometerse a formar un buen equipo que le entrara a las patadas en el área chica.

Algún periodista me juró que si nosotros armábamos el jaleo él se comprometía a lanzar unos buenos articulazos a

nuestro favor, que ya era tiempo de que se hiciera justicia al deportista, que a partir de nosotros surgía la posibilidad de crear una gran confederación de deportistas; y mira que los articulazos pero en autogol, para jodernos, tratándonos de alborotadores y argumentando que la política y el deporte eran como el agua y el aceite. Ahí fue cuando Elvira se puso más necia que nunca y hasta mandó a los niños con mi suegra, porque, según ella, no tardaban en hacernos algo. Mira manito, entiendo que el periodismo funciona inyectándole dinero y que la cacheteada honestidad vale un carajo para los Iturralde y para los mismos periodistas deportivos; sin embargo uno se desespera y no nada más por no tener dinero para llenarles de plata los bolsillos a los periodistas, sino porque el mundo se te va cerrando por todos lados y nadie te ayuda, y poco a poco hasta los de confianza te dan la espalda. Aquel periodista me dijo unos articulazos como dándome a entender que aparecerían en primera plana y con la fotografía de los muchachos que estaban en el comité, pero nanay, manito, puro camote y bien redondo.

En el juego contra el Pachuca, el centro delantero, y *el Pelirrojo* Pérez me estuvieron dando duro, como si los hubieran mandado a joderme, como una advertencia, porque hasta me decían, bajita la mano, ande cabrón, por revoltoso. Al *Pelirrojo*, el árbitro no tuvo otra que expulsarlo en el segundo tiempo, porque cuando salté por un centro me sumió el codo en las costillas a lo descarado. Tú sabes que siempre se forman dos bandos, mejor dicho, se forman tres; y los más peligrosos son los que están codo con codo con el patrón, aunque sean tus propios compañeros

de juego. Tienen la fuerza del dinero, en forma de primas extraordinarias, compensaciones, cheques que caen del cielo, sin contar con las amenazas de que son objeto. Y a otros compañeros del comité les pasaba lo mismo, los chingaban y los chingaban sus propios compañeros. Al principio nadie se echaba para atrás, estaban con los huevos bien plantados; al final nada más quedamos unos cuantos.

¿Por qué las cosas vinieron así?: se formaron tres bandos; los de la directiva, que eran la mayoría; los que sólo pedían aumento de sueldo, que también eran una buena cantidad; y nosotros, que después de los dimes y diretes, resultamos no más de veinte. Al principio parecía que contábamos con más de cien jugadores; todos te decían: estoy de acuerdo, saquen el documento y lo firmo. Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo: todo mundo. Y a la hora que el documento con las demandas económicas y políticas circuló, nada más firmaron veinte, nadie más; entonces en la Junta de Conciliación y Arbitraje, se iban a burlar de nosotros. El documento fracasó y con él fracasaba la oportunidad de crear el primer sindicato nacional de futbolistas. De todos modos pensamos que la cosa no podía quedar así, había que agotar todas las oportunidades: proseguir con la propaganda y comenzar por sindicalizar un equipo, aunque fuera uno, que no pasaba nada, que nadie se moría en una lucha como ésas.

Ya lo ves, argumentos no nos faltaban: desde las fuerzas inferiores los chamacos necesitan llevar algo de dinero a sus casas; primero, porque no estudian y quieren vivir de la patada, y segundo, porque confían en que el fútbol es la puerta para la gloria, y no hay nadie que les haga

desistir de la idea de querer ser los Borja del futuro. Se van a probar a las reservas de las reservas de las reservas, y si de casualidad los aceptan apenas les dan para los transportes y cualquier babosada dizque para gastar; cuando te contratan te pagan una miseria, ni siquiera el salario mínimo, son chingaderas. Y luego quieren que uno juegue por amor a la camiseta, eso es imposible; el futbolista es un trabajador como cualquier otro y nada más. Por lo regular uno se va a probar al equipo de su pasión y ahí se recibe el primer frentazo: no, chamaco, te falta mucho para ser un futbolista de verdad (yo he escuchado a esos mercachifles del deporte). Ni siquiera te dicen, amablemente, tienes este defecto y el otro, te tienes que tirar con las piernas estiradas y luego arquearlas para caer bien, o cuida mejor el ángulo derecho, nada, sólo te dicen que ni futbolista eres, que más bien pareces un remedo del peor balompieicista. Yo he visto a muchos muchachos que le dan las tres y las malas a Calderón. Luego, después de que has pasado años en las reservas, esperando que alguno se lastime, que vendan a fulano, tienes que jugar contra el equipo de tus amores y quisieras dejar pasar uno que otro balón para que ganara tu equipo, pero no se puede, tu raya y tu puesto se ponen en juego, además de que siempre hay dos porteros detrás de ti esperando que falles, que envejezcas, para sustituirte. Entonces, le ganas a tu equipo, ni modo, que se le hace. Con el tiempo dejas de tener equipo favorito, te da lo mismo estar en el Necaxa, que en el América. Los únicos que no son aficionados al fútbol son los mismos futbolistas. Esto la gente no lo sabe.

Un día Zague me contó la historia de Amado Benigno, un portero extraordinario. En el año de 1926 era la estrella del Flamengo, luego pasó, con los años, al Botafogo, y de ahí a la miseria y luego a la muerte; un día amaneció muerto en la calle el que fuera el famoso golero Amado Benigno, contó Zague. Zague me dijo también que en el Brasil tenías que ser un Pelé para que el gobierno te protegiera cuando viejo. Y yo, mientras tanto, pensaba en los chamacos que juegan en los llanos, en los viejos que ya no juegan. Aunque no sean viejos, porque tú sabes que los jugadores después de los treinta valemós puritita cagada. Necesitas ser un Scaroni para jugar con la calva a cuesta, o ponerte un negocito, o salir en la televisión anunciando el pan Bimbo, o cualquier oficio que nada tiene que ver con la cancha ni los estadios.

Bueno, una vez que el documento fracasó, la idea de sindicalizar al equipo cobró una fuerza inesperada entre nosotros. Esa idea iba acompañada de otras demandas de menor importancia pero indispensables para jalar otra poca de gente: vacaciones obligatorias, indemnización absoluta en caso de accidentes serios de trabajo, pago proporcional para la jubilación por parte de cada equipo en los que trabajaste, etc. Algún equipo tenía que lanzarse a fondo y nosotros fuimos los primeros. El lic Iturralde pegó el grito en el cielo de la directiva y salió con su eterna demagogia, respondiéndole a la comisión: ustedes no son trabajadores, sino jugadores, entiéndanlo, ju-ga-do-res. Ni su madre le creyó; la cosa era tan seria que ya nadie creía en esas niñerías, ni en los gritos del lic Iturralde, ni en las amenazas de la directiva. Si no se cumplían nuestras demandas políticas y

económicas nos iríamos a la huelga, sí señor. Futbolistas de izquierda, nada más eso nos faltaba. Mi error fue platicarle toda la situación a Elvira, porque su cantaleta arreció, y si nos bañábamos juntos seguía dale que dale con su Hogar, sus Niños, su Futuro. Ni modo de responderle lo mismo que al lic Iturralde; yo me enjabonaba despacio cada pedacito de carne; metía la cabeza en la regadera y ahí la dejaba un buen rato, las palabras de Elvira se confundían con el ruido de la regadera, así descansaba un poco, manito. Ahorita Elvira está en casa de mis suegros; mi suegra ya me vino a gritar mis cosas, ella que tanto me pedía que le dedicara un paradón. Mi suegro viene y me anima; bajita la mano, me dice que no le haga caso a doña Elvira, que a veces no sabe ni dónde se encuentra parada.

Cuando la directiva se dio cuenta de que la cosa iba en serio, nos empezaron a atacar muy feo en los periódicos y por la televisión; las amenazas y las presiones estaban al orden del día. Luego vino la friega de a de veras: Unos mafiosos fueron a tirar piedras a la casa, un vidrio fue el que quedó sano y salvo, los demás estaban hechos un llanto. Llegaron tarjetas anónimas y llamadas telefónicas para meternos miedo. Elvira no esperó más y desde la noche de las pedradas se fue de la casa. Entonces pensamos que había que dar el salto definitivo: ir a la huelga de futbolistas, la directiva no nos dejaba otro camino. Y aunque ahora nos quieran responsabilizar a nosotros, la directiva fue la que arrojó la primera piedra. El comité en su conjunto padecía insomnio, pero no se rajó: el paro laboral tomó cuerpo. Y nada más ahí, en el pleito legal, ahora ilegal, la

cosa se empezó a resquebrajar. Lo que vino después, manito, ya te lo sabes de memoria. El equipo cambió de razón social, se declaró la quiebra y el comité se quedó en el aire. Las demandas en mi contra salieron a primer plano, aunque todas no tengan una base real. Mi licenciado parece una tortuga de las grandes, porque no veo para cuándo voy a salir del tambo. Por ahí tengo un dinerito ahorrado: la mitad se va para la fianza y la otra para una taquería o quizá para un restorán. Y como estoy muy feo no creo que me contraten para los comerciales de la televisión.



Víctor Escobar. BALÓN ALCANCÍA.
Cristal Asfour sobre cerámica, 24 cm de diámetro. 2010.
Cortesía Valenzuela Klenner Galería.

¡Dele duro monseñor!

DANIEL SAMPER PIZANO

MUUUY BUENAS NOCHES, queridos oyentes de las emisiones en español de Radio Vaticana... *Dominus vobiscum*... Os habla el padre Cuautémoc Pastoriza, del venerable clero mexicano, para transmitirlos la final de la Clericus Cup, la copa de fútbol del Vaticano, que se celebrará hoy, *Domini dei*, día del Señor, entre los equipos del seminario Agnus Dei, integrado por futuros sacerdotes de América Latina, y el Mater Purissima, formado por seminaristas de Europa. Como sabéis, la Clericus Cup fue fundada en el 2007 por el cardenal Tarcisio Bertone y está dedicada a honrar a Dios y a exaltar los valores cristianos a través del deporte. Los católicos creemos que el fútbol puede ser un vehículo de amor al prójimo y respeto al rival, un antídoto contra la mala educación, el racismo y la violencia que se han apoderado de este hermoso deporte.

La magna final que enfrenta a seminaristas de dos continentes estará presidida por Su Santidad el Papa en persona, y el árbitro será el eminentísimo sacerdote nigeriano M'bow Katanga. Su condición de africano garantiza la neutralidad

del arbitraje. La lengua oficial de la Clericus Cup, como resulta lógico, es el latín. Estáis escuchando las notas del *Pange Lingua*, himno del torneo, y ahora los equipos rezan un padrenuestro y un avemaría antes de que ruede el balón.

¡Comienza el partido, arriba los corazones, *sursum corda*, y que gane el mejor y el más limpio! Los seminaristas latinoamericanos cuentan con dos estrellas, ‘Dominico’ Martínez, el centro delantero que lleva la pelota, y ‘Monaguillo’ Da Freitas, aquel que ahora se desmarca por la derecha, *animus monaguillus*, pero... ¡*mater Dei!*... acaba de perder el balón por la línea final... Chuta ‘Il Santino’ Ferrari y pasa a la gran figura del Mater Purissima, el alemán Hans Feuerbach, que intenta cabecear, uff, afortunadamente sin éxito. El Santo Padre aplaude a su compatriota, en una demostración de simpatía por el deporte *ad maiorem Dei gloriam*... ¡Bravo, bravo, Su Santidad, qué hombre tan sabio y tan sencillo!

La pelota es de los seminaristas del Agnus Dei... preciosa gambeta *ad libitum* de Ramírez, con la típica picardía latina... pero, *horror horroris*, ahora resbala y cae el ‘Sacristán’ Domínguez, hábil coadjutor y volante argentino. Dos de sus rivales lo ayudan a levantar, ¡qué bonito, qué lección de juego limpio y de fraternidad cristiana, queridos oyentes! Recuperan el balón los valientes jóvenes del Agnus Dei... Martínez y Da Freitas realizan una veloz combinación, tuya-mía tuya-mía, *tua-mea tua-mea*, prodigiosa pared, *prodigium muris*... entran al área, queridos oyentes, ¡atención!, Da Freitas en posición de anotar... ¡Diablos (os pido perdón)! ¿Qué ocurre?... Ah, el árbitro, monseñor Katanga, ha pitado fuera de lugar... En mi opinión, no lo hubo,

queridos oyentes, no hubo fuera de lugar, pero “*Errare humanum est*”, no pasa nada, habrá otras ocasiones de gol...

Nuevo ataque de los europeos, ¡qué partido!, centro desde la banda izquierda... ¡Qué haces, Martínez, salta imbécil! ... ¡Gool, gool del Mater Purissima, gol europeo, queridos oyentes!... Yo juraría que Feuerbach tocó la pelota con la mano, pero Katanga lo da por válido... Debe estar un poco ciego el africano este... El Papa aplaude y manda bendiciones... Hermoso gesto... Espero que también aplauda cuando anoten nuestros seminaristas, ¿no? Pasan los minutos y se mantiene el uno a cero a favor de los europeos... Ojo a esa entrada de Ferrari contra Domínguez, eso no es muy católico, señores... Vamos, chicos, *carajum*, no se arruguen... *Aventatum patadorum*, que Cristo también tuvo que dar látigo cuando llegó el momento... Eso, eso, Da Freitas, duro con ese, una cosa es ser buen cristiano y otra es ser maricón... ¡Así, pega, corre!... Se prepara Da Freitas para fusilar al portero de Mater Purissima, va a ser gol, queridos oyentes... ¡Eeepaaa! ¡Lo bajan por detrás!... ¡Eso es penalti, *Deus omnipotens*, penalti clarísimo!... Pero, ¡cómo puede ser que no lo pite Katanga! Claro, este negrito quiere ser obispo, este aspira a que el Papa le premie su cochino arbitraje...

Atención, señores... ¡*Purpura cartula!*... Acaban de expulsar a Ramírez... Permitidme, queridos oyentes, que grite algo a nuestros seminaristas... ¡*NEGUS EST VENDUTO, KATANGA MANDA TONGO!!*... No, no me callo... ¡*Árbitro bandido!!*... ¡*Lárgate a rezar a tu país, negro tramposo!*... ¡*FILLIUS RAMERAE!!*... ¡Vamos, muchachos, rómpanles las

piernas, muéstrenles quiénes somos, reviéntenlos a patadas *per secula seculorum*, agárrenlos por...

(Unos segundos de silencio. Se oye otra voz). Lamentamos informar a los oyentes de las emisiones en español de Radio Vaticana que, por un problema técnico, no podemos seguir transmitiendo la final de la Clericus Cup. Damos paso a una emisión extraordinaria de nuestro rosario vespertino... En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Los misterios que vamos a contemplar hoy son...



Juan Carlos Haag. BALÓN. Piel de serpiente. 1998.
Cortesía Valenzuela Klenner Galería.

Decisión en el último momento

ÓSCAR COLLAZOS

A Guido Tamayo, que sabe de esto.

A Delio Maravilla Gamboa, mi primer ídolo.

...POR AMOR PROPIO, ¿me entiende? No metí ese gol por amor propio. El técnico me había condenado a ver el partido desde la banca, precisamente ese, el partido en que nos jugábamos la clasificación a la semifinal de la Copa, me había suspendido por tres fechas porque yo les había dicho a los periodistas que entre las directivas del club había personas que sabían más de negocios que de fútbol. No se imagina usted la que se armó. Mi declaración fue reproducida por televisión y radio, fue noticia en los periódicos y escándalo entre los dueños del balón, que no son propiamente los jugadores sino los que tienen metida la plata en los equipos.

—Me piden que te sancione por tres fechas —me dijo el profesor Marrugo—. Tienes que entenderme, no estoy de acuerdo con la sanción pero a estas alturas no puedo ponerme a pelear con las directivas, les bajaría la moral a los jugadores. Esa fue la explicación que me dio el técnico y ese fue el motivo por el que en los dos últimos partidos había calentado banca, sufriendo y sabiendo que podía estar en la cancha en mi puesto de siempre, perdoneme la vanidad,

entonces yo era el primero en la lista de goleadores del campeonato nacional y el tercero en lo que iba jugando de la Copa.

—¿Ni siquiera en el partido contra Paraguay? —le pregunté al profe.

—Ni siquiera en esa fecha —me respondió con la voz quebrada como si me estuviera dando el pésame por la muerte de un hermano.

—¿Por eso me están embolatando el pase?

—No creo —dijo mi amigo el técnico—. Tu pase vale mucha plata. Si lo negocian con los españoles, el club se embolsillará un buen billete. La sanción fue una medida injusta, tú sabes cómo es el doctor Prieto, lo quisquilloso que es cuando lo critican en público.

Por amor propio, le dije lo que había sufrido en las dos últimas fechas, primero con el empate a los ecuatorianos y después con otro empate, el que les regalamos a los peruanos después de estarles ganando, porque ese empate fue servido en bandeja por un error de nuestra defensa cuando íbamos ganándoles dos a cero, esa manera pendeja de abrirles un hueco poniendo dos hombres a marcar al volante peruano que nos amenazaba con disparos al arco desde la línea de las dieciocho, a ese descuido le debíamos el dos uno y el dos dos, pero también la falta de presión de nuestros volantes, de Mario, sobre todo, un jugador con muchas cualidades y mucha garra pero todavía muy joven para jugar inteligentemente y adivinar al contrincante, demasiado novato para organizar una jugada, fallas en la defensa y demoras en la definición de las salidas ofensivas, esto era lo que había

sucedido en el partido con los peruanos y lo que podía suceder en el que estábamos jugando con los paraguayos.

Iban ya veinte minutos del segundo tiempo y no sabíamos del empate a cero goles, los paraguayos se la estaban jugando con una barrera defensiva que no podíamos romper con el juego que proponía nuestro equipo cuando lo que debíamos hacer era volver a la estrategia del toque-toque y jugárnosla con esporádicos pases de profundidad y sobre todo con balón a ras de tierra, como amarrado a los pies, ir levantando paredes y avanzando progresivamente, si golpeábamos sistemáticamente en la defensa paraguaya, por arriba el juego estaba perdido, eran altos como postes y duros como rocas, si insistíamos sistemáticamente podríamos obligarlos a abrir boquetes en los costados. ¿De qué se ríe? Ah, sí. Es como si estuviera hablándole de una batalla, haciéndole el diseño de la táctica que podía debilitar a un enemigo atrincherado en la retaguardia. No sé quién lo dijo, el fútbol es una guerra pacífica entre dos ejércitos que al final se dan la mano, no tan pacífica a veces, que para eso somos humanos y tenemos impulsos, nadie deja el sistema nervios colgado en los camerinos, los golpes bajos, los graves y los perdonables, las fallas deliberadas y las que son pitadas como falta sin que uno haya tenido la intención de hacer daño, todo hace parte de una guerra pacífica que no puede evitar el mal humor de algunos soldados. Para eso están los árbitros. ¿Sabe? Me gusta lo que acabo de decirle.

Me atreví a decirle al profe Marrugo que estaba bien fortalecer nuestra defensa y dejar que el juego empezara a organizarse desde el medio campo, Raúl era un

berraco para seguir ese esquema, aunque yo creí que necesitábamos de vez en cuando contragolpes sorpresivos, éramos más rápidos que ellos, nadie estaba jugando en posición avanzada, como si tuviéramos miedo al fuera de lugar, la habilidad de Raúl para avanzar por el medio campo y jugar en terreno contrario era muy conservadora, se volvía previsible, eso lo habíamos discutido con el Profe, no es que yo fuera partidario de la improvisación, pensaba que no se podía ignorar la inspiración, la iniciativa personal apoyada por un juego concebido desde atrás, podíamos así desbaratar el esquema del contrario, el que no arriesga no gana, le dije al profe, y él me respondió que aunque yo tuviera razón él no estaba dispuesto a arriesgarse, confiaba de todas maneras que ese gol iba a llegar, Cáceres había hecho dos disparos del putas, con la mala suerte de que habían pegado en el travesaño. No acababa yo de decirle lo anterior y de aceptar en parte sus razones cuando empecé a oír mi nombre en las graderías. Primero fueron unos coritos aislados. Gente que me quería —pensé— y que no estaba de acuerdo con la sanción. Lo mismo que pasó con los periodistas: unos de acuerdo y otros en contra de las directivas del club, ya era tarde para llorar sobre la leche derramada. Poco a poco el coro fue subiendo en las barras. Gritaban mi nombre. No era del Profe y de los que me acompañaban en la banca porque empezaron a mirarme, hasta el doctor Prieto me miró de reojo. Íbamos por los veinticinco minutos del segundo. Fue cuando Paraguay nos echó encima un balde de agua fría: anotó su primer tanto. Hubo silencio en las tribunas.

Jugábamos en casa y no era posible que nos hubiéramos dejado humillar, ellos iban a defender ese gol a patadas y mordiscos, ya eran de por sí aguerridos y duros.

No es que todo estuviera perdido, todo puede ser posible en unos pocos minutos, pero el silencio de la hinchada me devolvió al silencio de la melancolía. A los 37 del segundo tiempo Cáceres solo por la derecha, había recibido un pase de Raúl, que se metió en la mitad del área contraria, esperando tal vez que Cáceres le devolviera la pelota para desde allí organizar una última jugada de gol, pero Cáceres burló a dos defensas y avanzó dibujando una S y marcado, casi atropellado de cerquita, era como si buscara la falta del contrario, no, paró milagrosamente en seco y yo entendí que estaba buscando un ángulo de tiro, se acomodó de nuevo y disparó al arco con la zurda.

¡Empate! Ese gol hizo brincar de emoción a nuestra hinchada. Ganar este partido significaba pasar a las semifinales de la Copa con un rival argentino muy difícil pero tampoco invulnerable. De nuevo, esta vez como un murmullo que iba creciendo para volverse clamor de la hinchada, volvieron a corear mi nombre. No podíamos conformarnos con el empate.

Vi que el Profe escribía en un papelito, lo doblaba y se lo hacía llegar al doctor Prieto. El mensaje tenía que ver conmigo porque Prieto me miró fugazmente mientras yo lo miraba con el rabillo del ojo, escribió algo en el mismo papel y se lo devolvió al técnico. Después supe que la frase del directivo fue muy corta: “Allá usted”. Eso fue lo que le escribió al técnico porque, de inmediato, me ordenó que

empezara el calentamiento, que en dos minutos haría el cambio. Se sentó a mi lado, me mostró el dibujo que había estado haciendo y que, no joda, coincidía con el dibujo que yo había estado haciendo mentalmente. Los hinchas subieron el volumen de los gritos, mi nombre era gritado a medida que hacía ejercicios de calentamiento. El Profe me hizo el gesto del pulgar hacia arriba.

Sentí que el estadio se venía abajo. Se vino abajo cuando entré al terreno de juego en reemplazo del sardino Mario. Raúl me dio la bienvenida con un pase largo hacia mi posición avanzada, con tan mala suerte que la defensa se la pilló y me dejó fuera de lugar. Íbamos uno a uno a los 40 minutos, faltaban 5 más la reposición, que iba a ser mucha porque el juego rudo de los paraguayos había detenido muchas veces el partido. Tenía metido en la cabeza, como un tatuaje, el dibujo del Profe, el cruce de líneas, la recta que salía desde el medio campo hacia el ala izquierda. Entendí: Raúl, que antes estaba apoyándose en Cáceres y en Mario, ahora debía buscarme.

Mario había desperdiciado tres jugadas de gol, mataba el tigre y a la hora de la verdad se asustaba con el cuero, así que al reemplazarlo caía en mí la responsabilidad de entrar al área en la individual y marcar. A lo mejor se le iba la mano a la defensa y les pitaban penalti.

Cuestión de vida o de muerte pero también de orgullo. No iba a ser en todo caso fácil. Los paraguayos habían reforzado la defensa y el medio campo, podían contraatacar en un descuido, me habían marcado muy de cerca, por lo que empecé a entender que si no me podían atajar por las

buenas no les importaría atajarme por las malas. No sé por qué estuve pensando todo el tiempo en *El Pelusa* Maradona: dominio magistral de la pelota, dribling genial, velocidad y astucia de gamín criado en barriada, diestro en evitar la falta concebida expresamente para cortar su avance mortal, Maradona no buscaba la falta ni el tiro libre sino que los evitaba, decirlo suena bonito pero hacerlo, bueno hay que tener ambiciones, si para algo sirven los genios es para enseñarnos a hacer las cosas de la mejor manera, aunque *El Pelusa* era *El Pelusa* y yo el modesto buen jugador de un equipo colombiano que pasaba por su mejor momento, no estaba mal tenerlo en la mente mientras empezaba a entenderme con Raúl.

—Le haré pases cortos a Willy, tú te escapabas por el extremo derecho pero reculas para buscar un ángulo de tiro sesgado —imaginé que me decía—. Si el contrario esperaba que Raúl se la pasara a Willy, que salía desde atrás para apoyar la ofensiva; si Willy confiaba en mi posición avanzada, pasándome la pelota para que hiciera el centro —lo que hice en dos ocasiones—, había que sorprenderlos olvidándonos de Willy, no buscar el centro sino el disparo a corta distancia en una sucesión de paredes, bonito decirlo, jodido hacerlo cuando se tiene la presión de un partido al que le faltan cuatro minutos. Mi primer disparo al arco, desde el ángulo derecho, puso a temblar de nuevo al estadio. El portero paraguayo lo desvió con los dedos.

Cuestión de orgullo. Faltaban tres minutos y seguíamos empatados a un tanto. Dos faltas, una con intención criminal, me advirtieron que el enemigo era consciente de la

armonía que empezábamos a conseguir Raúl y yo. Se jugaba poco por la derecha. Cáceres se había rezagado un poco, perdiendo su posición de volante. Era tan buen jugador que precisamente por haberse rezagado y al haber sido casi descuidado por la defensa, en cualquier momento podía convertirse en un peligro. El fútbol es el arte —me dijo un día el profe— de distraer al enemigo y caerle por el flanco que ha descuidado. Tres minutos son eternos en un partido que sigue empatado, eternos hasta que un cartel nos dice que quedan cuatro de reposición. Les voy a ser sincero, para qué echarme mentiras. A los 44 minutos, en la posición que había conseguido, teniendo casi despejado el ángulo de tiro por la izquierda a una distancia de siete u ocho metros, en instantes, como si una luz venida de no se sabe dónde me iluminara, supe que tenía dos alternativas: disparar un tiro cruzado, a esa distancia no fallaría, o hacerle el pase a Cáceres, que venía como un fantasma desde la derecha. En instantes tomé la decisión y no me arrepiento: El gol de Cáceres es uno de los goles más hermosos que recuerdo en mi vida, uno de los más hermosos porque era el gol que él había estado esperando en su carrera, lo tenían en la mira, ese día, en el estadio, estaba el representante del club inglés que quería contratarlo, pero en las tres últimas fechas Cáceres no había podido concretar un gol decisivo. Si no marco un gol en este partido, se olvidan de mí, me había dicho en los camerinos. Fue uno de los más lindos goles porque ganamos y porque Cáceres, al marcar dos goles en esa fecha, fue contratado para jugar en el Chelsea.



Félix Ángel. "MARAVILLA" GAMBOA.
Mural en la estación Estadio del Metro de Medellín,
4,75 x 5,15 mts.



El mundo es de los inocentes

LUISA VALENZUELA

ESTA ES UNA historia verídica. No siendo en absoluto adicta a la autobiografía, puedo contarla como si fuera ajena.

De fútbol no sé nada, no sé nada de fulbo. Será por eso que me encuentro a bordo de un vuelo rumbo a Brasil para cubrir el encuentro Boca-Cruzeiro por la copa Libertadores de América. Esto pasó mil años atrás, en el '77, el *illo tempore* del Toto Lorenzo, pero es como si fuera hoy porque el absurdo de la situación la fija en un continuo presente. Vas como escritora, olvidate del periodismo, me dijeron en la revista. De todos modos allá estarán los corresponsales, insistieron, y además es un viaje charter con la hinchada de Boca, a cualquiera le podés pedir que te desasne.

Se juega el desquite. El primer partido lo ganó Boca como local, y ahora le toca pelearla en el estadio Centenario, en Belo Horizonte. Cruzeiro fue campeón el año anterior, la cosa está peliaguda. Qué cuernos voy a escribir, pienso, en el avión que no es un verdadero charter después de todo, es un vuelo de línea que nos dejará esta noche en Río para que la hinchada de Boca pueda retozar por las playas y después

a los bifés. A mi lado está sentado un señor muy formal que no tiene cara de hinchado de nada, a no ser de sí mismo, y no puedo preguntarle sobre fútbol. Entonces tengo poco que decirle, casi no hablamos. Ya podré, ya podré consultar con alguien. Acá tiene que haber al menos uno que se tome el tiempo de explicarme por ejemplo qué es eso del *off side*. Yo sé muy bien que “el alma está en orsai, che bandoneón” y casi se diría que entiendo el sentimiento. Pero ¿qué significa la expresión, técnicamente hablando, en el fútbol de verdad de los domingos nuestros de cada semana? Ya encontraré un incauto que me lo explique, y mucho más, ésta es la hinchada rica, la fina, la que puede pagarse vuelos semicharter y hoteles de varias estrellas. Así que en el avión no pero seguro sí en el ómnibus que nos llevará a la ciudad. El operador del tour casi me lo prometió, Yo mucho no sé, me dijo, y tengo que ocuparme del malón, pero ni te preocupes: cada uno de éstos es un experto en potencia, te imaginarás.

Me imagino. Y las mujeres también, seguro que expertas aunque sean —las pocas que hay— tiernas esposas que acompañan a sus fanáticos cónyuges. De tanto acompañar, no pueden menos que estar interiorizadas de todos los secretos y algunos más de ñapa. Yo me voy a poner en acción esta misma noche, voy a preguntar sin ser pesada, voy a llegar a Belo Horizonte con alguna noción sustanciosa y válida como para juzgar un partido más allá del obvio gol. Por qué se decreta penal, cuántos jugadores tiene que haber en el área chica para que valga el gol. Esos misterios.

Me instalo en el autobús contra la ventanilla, solita y callada, con un tentador asiento vacío a mi lado. Seguro que

alguno cae en al trampa. Le voy a preguntar...

Entre mi meta y yo se interpone un abnegado padre que hace sentar a su hijo. Unos 17 años, el nene. Síndrome de Down. Me llamo Robi, me informa, y empieza a bombardearme con preguntas retóricas. Renuncio por el momento a todo aprendizaje pragmático de las reglas del fútbol y sin todavía poder reconocerlo me sumerjo en su mística.

—¿A que no sabé qué llevo acá?, me pregunta Robi mostrándome un rollo, descontando de antemano que no sé.

—No sé, le contesto y es verdad.

—Labandera de Boca (y cuando dice Boca se le llena la ídem de una miel de paladar espeso). La vo'a sacá en la cancha, nel partido.

—Qué lindo, le digo con la esperanza de que no suene falso.

—¿Y a que no sabé cómo me vo' a vestir paral partido?

—No sé.

—Me vo' a poné un pantalón azul y una chombamarilla, dice, la boca llena de miel.

—Qué lindo...

—¿Y a que no sabé qué tengo encasa?

—No sé.

—Cinco cuaderñolleno con lo nombre de todo lo jugador de Bbboca

Qué lindo, repito y repito a lo largo del largo desglosamiento de una pasión.

Pobre pibe, me digo mientras tanto. Pobre simple. Y no me queda espacio para compadecerme de mí, pobrecita yo que tengo que escribir la nota y ni siquiera

sé por qué, y menos aún cómo, es que el alma está en orsai. Che bandoneón.

Recién en Belo Horizonte, minutos antes de entrar al estadio, me encuentro con los colegas periodistas (aunque yo, no lo olvido, estoy aquí en mi calidad de escritora, puedo escribir lo que se me antoje: fantaciencia futbolera, realismo mágico, minimalismo del balompié. Hasta puedo pergreñar una larga reflexión y/o disquisición filosófica sobre los méritos y la universalidad de la pelota redonda: autocrítica de la buena niña de colegio inglés ahora finalmente avispada que en su juventud sólo asistió a partidos de rugby. (Por los muchachos, es cierto, no por la pelota ovalada, pero vaya lo uno por lo otro).

Debe ser por el lejano rugby que la hinchada de Boca ni me mira. Son un mazacote compacto, unidos en una única emoción compartida y un anhelo: ganar, ganar.

Su equipo debe ganar para hacerlos ganadores a ellos, para volverlos triunfales y darles un punto sólido de apoyo en la vida. Me siento como paria ¿qué hago ahí sin palpar al unísono? Y para colmo me da cierta tristeza el Robi, con su banderita y con su chomba amarilla. Al pie del estadio, el compañero corresponsal deportivo me va dibujando los movimientos y formaciones en distintas servilletas de papel. Con mis machetes al alcance de la mano me instalo en el palco de periodistas. Robi me da menos tristeza que antes; se lo ve alegre, consustanciado. Pobre simple, me dije la noche anterior en el ómnibus. Ahora su simpleza me parece admirable, rayana en la austeridad, porque el resto de la hinchada fina (no estamos hablando de la barra brava,

no, estamos hablando de los que se pagan charters, no olvidarlo), ha desplegado banderas de Boca de varios metros de largo, hace sonar bocinas estridentes gracias a botellas de aire comprimido, y no usa pantalón azul y remera amarilla, nada de eso. Están disfrazados de xeneixes hasta con galrones absurdos, son la encarnación de Boca que truena en un simbólico medio de la cancha porque ese medio de la cancha está en sus corazones. Robi se mantiene digno, entusiasmado pero digno. Yo miro mis machetes algo nerviosa, el partido está por largarse, Boca jugará con camiseta amarilla (como Robi, no como el resto de la hinchada que luce las bandas azules y oro hasta en los dientes). Yo me siento una mancha de progesterona en medio del machaje hasta que me presentan a la otra, ahí a mis espaldas, la mujer del jefe de relaciones públicas del equipo, una mina amistosa y fanática que me da charla y unos cuantos datos valiosos.

Y ahí se larga el primer tiempo y toda nuestra parte del estadio, la tribuna detrás de mí con la hinchada a todo trapo, resuena como ya sabemos que resuenan estas cosas. Ellos saltan y saltan enfervorizando a su equipo para que nadie nunca más diga que el fútbol es lo que los norteamericanos llaman un deporte de espectadores; brincan y gritan como para impedir que alguno de los dólares invertidos en llegarse hasta acá, al estadio de Cruzeiro en Belo Horizonte en esta tarde de sol, pueda ser considerado un gasto pasivo. Se trata de entregarse a la actividad pura de azucar a los jugadores de Boca desplegando las banderolas gigantes y haciendo sonar los bombos. Y pensar que todo esto —¡todos estos!— venían en mi avión y yo tan tranquila durante el vuelo.

Así en la tribuna, porque lo que es sobre el césped los jugadores nuestros desarrollan una actividad para nada entusiasmante. Recién está por finalizar el primer tiempo y ya van perdiendo dos a cero, ya en el palco de periodistas se habla del desempate en Montevideo, ya la copa Libertadores de América parecería querer permanecer en manos de Cruzeiro. O en sus piernas. Buen goleador, el Nelsinho. Hasta una lega como yo puede notarlo. No por eso nuestra fervorosa y siempre bienamada hinchada deja de gritar y de saltar y enardecerse. Es sabido que al argentino más que la realidad lo mueve la expresión de deseo, la ilusión de un triunfo por remoto que parezca. Todos somos campeones, de alguna manera, en alguna contienda, de alguna apuesta, en algún rincón de nuestra almita (la misma del orsai).

Y después ¿qué? Después el medio tiempo alicaído. La mujer del jefe de prensa ya casi ni habla, los periodistas argentinos somos un grupito escuálido de pollitos mojados, ni un chop de Brahma queremos, ni un *cachorro quente*. Todo Brasil parece empezar a festejar mientras nosotros... O casi todo Brasil: Atlético Mineiro, el club rival de Cruzeiro en Belo, es el de mayor arrastre popular pero no llegó a competir en la copa y su *torcida* está tan pero tan mufada que casi casi espera que gane Boca.

Ni eso nos consuela por el momento, ni nos consuela cuando el Toto Lorenzo invita al gentil periodismo patrio a presenciar el segundo tiempo desde la fosa. Yo ya formo parte de ese bloquecito selecto, ya me siento cronista deportiva me siento, y rauda parto a la fosa a ver el segundo tiempo a ras de los botines claveteados de los jugadores. No

por eso la cosa mejora, y perdemos el partido, y mustios mustios con la enorme banderola mal arrollada y los parches de los bombos echando humo y las lenguas afuera somos arreados por la empresa charter al aeropuerto de Belo Horizonte en espera del avión que pasará a buscarnos para trasladarnos, así como estamos semidisfrazados (ellos) y agotados todos, a la excelsa Capital Federal que no nos recibirá con los brazos abiertos pero en fin. Es hora de volver a casita a desagotar la rabia en la bañera y a rezar para que el desempate en Montevideo nos redima.

En el pequeño aeropuerto semi vacío, a la espera del vuelo especial que se demora, da grima verlos. Los desinflados hinchas (valga el oximoron) están postrados, tirados en el piso a falta de asientos, como trapos esas ropas que fueron festivas en el estadio, patéticos ahora y vencidos. Robi duerme. La única con aire menos denso es mi amiga madame jefe de prensa. En secreto me muestra el contenido de una bolsita de nailon que cuelga amorosamente de su brazo: un trapo amarillo, empapado de lo que presumo es sudor. Es la camiseta de Tarantini, me dice con orgullo. ¿Te la dio para lavar? le pregunto yo con todo asombro y sinceridad y desconocimiento absoluto del fetichismo futbolero.

Buen día para el pez banana: es así como mando al tacho una posible amistad.

Para consolarme me voy solita al bar frente al aeroparque. Es un aeroparque diríamos casero, y también casero parece ser el vuelo que nos habían prometido porque el avión no llega y han pasado las horas y esperamos sin esperanzas. En dicho avión que debería llegar desde Río están

nuestras valijas y la posibilidad de cambiarnos y ponernos ropa fresca para poder regalarle nuestras pilchas re-sudadas a algún improbableísimo fan. El hecho es que en pleno desaliento me tomo una caipirinha y por primera vez me pregunto qué hace una chica como yo en un lugar como éste y no obtengo respuesta alguna hasta que vuelvo a cruzar la avenida hacia la sala de espera del aeroparque y allí están, mis compañeros de la hinchada, redivivos, bailando un samba desaforado con los guardias. La hinchada lleva puestos los cascos con la inscripción PM, la policía militar se ha encasquetado las galeras de Boca y todos samban tras un bombo aporreado por uno de los uniformados brasileiros, obvio miembro de la *torcida* de Atlético Mineiro.

Estoy acá por el carnaval, entiendo, aunque la época del año no lo amerite.

Y nuestro avión, cuando llega tras mil horas de demora, no puede llevarnos a destino porque ya es de noche y no está habilitado para vuelos nocturnos y es así como nos devuelve a Río, a un hotel para un sueñito rápido porque saldremos a la madrugada, siempre vestido de Boca. Las valijas ya están estibadas, nos dicen, sacarlas significaría una injustificada pérdida de tiempo, nos dicen.

Y es así como después de tanta peripecia la hinchada y esta humilde escritora que suscribe nos encontramos por fin, en el amanecer de la derrota, en el Galeão, aeropuerto reluciente si lo hay. Estamos opacados y mal lavados y disfrazados y sin haber podido reponernos ni recuperar el sueño. Parecen, parecemos, zombis avanzando por la larguísima cola para pasar migraciones. Muertos que caminan

hasta que algo, una aparición, los devuelve a la vida. Son los jugadores de Cruzeiro que no han pasado mala noche, que han podido saborear el triunfo y bañarse y abrazar a los suyos y su charter no los ha hecho esperar y ahora están de punta en blanco —mejor dicho, de blazer azul y pantalones de franela gris como corresponde a chicos bien, casi casi los jugadores de rugby de mi adolescencia—, en prolija fila que avanza para adelantarse a nuestra cola, camino a Montevideo y llevando, oh sí, llevando en brazos la sublime, la tan codiciada y amada y gloriosa Copa Libertadores.

La hinchada de Boca se siente entonces en la peor de sus pesadillas. Enardecida, el odio surcándoles las venas, gritan ¡Vamo a matarlo, vamo!, y a ese grito de guerra rompen fila para abalanzarse contra la ordenada vanguardia de jugadores de Cruzeiro. Sólo que en el camino se produce la epifanía, y en esos pocos metros de brillante piso del Galeão Dios esboza una sonrisa y la furia se trueca en admiración, y llegados al lado del Nelsinho no lo matan, no, simplemente se paran en seco y le preguntan, señalando el pantalón gris:

—¿Y qué tené ahí, Nelsinho, un cañón tené en lugar de gamba?

El goleador sonríe al igual que Dios, por unos instantes reina la paz entre los hombres, la hinchada de Boca, disfrazada de Boca, toda oro y azul y sudor y alguna lágrima, es decir hecha un asco, le arrebató al capitán de Cruzeiro la enorme copa de plata y sale danzando por los pasillos del enorme aeropuerto internacional, de este lado de seguridad, eso sí, con la copa en alto y una galera xeneixe coronando

la copa. Y en medio del desbocado baile de los muertos en vida, de los resucitados más allá de la derrota, uno de ellos lo avizora y grita:

—¡El doctor Barnard!

Sí, el héroe del momento, el mismísimo Mister Trasplante de Cuore. Nuestros héroes de pacotilla, nuestros héroes por procuración y locura, rodean entonces al doctor esgriñiendo la copa y pretenden que él grite ¡Viva Boca! Barnard sigue avanzando con su joven mujer del bracete, igualito a las innumerables fotos de los diarios, impávido en toda su apostura, indiferente al revuelo, como en otra galaxia.

Qué quieren que les diga. La cosa se vuelve tan fuera de control que cuando finalmente abordamos el avión (de línea) estoy al borde del ataque de nervios y ruego y amenaza y conmino hasta que me dejan pasar a primera clase a desentenderme del espanto.

Y creo que todo terminó allí y vuelvo a mi cotidianeidad de colores variopintos y negros y blancos, sobre todo sedantes semitonos para borrar tanto enceguecimiento oroazul y tanto estruendo, y casi soy una mujer normal, dentro de la posible, cuando ¡oh milagro! Boca gana en Montevideo donde felizmente no he tenido que ir. Igual me invitan a festejar esa misma noche en la Bombonera y yo caigo en la tentación y en el estadio más popular de mi país reencontro a nuestros queridos jugadores a los que tan bien les conozco los botines, y la querida hinchada de lujo con el corazón remozado, esplendente, como si el doctor Barnard hubiera obrado el milagro por su simple presencia.

El triunfo tiene estas ventajas, entre otras.

En las gradas no falta ninguno, allí arriba está Robi más radiante que nunca, todo él nimbado de la luz cristalina de su propia miel. Y están los otros, a lo lejos los distingo porque lo que es yo junto con mis flamantes colegas cronistas deportivos he sido invitada a ingresar a la cancha, y nos abrazamos con los jugadores, y los abrazo y aprovecho. Ninguno me regala la camiseta pero me da igual, no pienso en camisetas, oigo los aplausos y los vivas y los gritos como si también fueran para mí. Es una noche de celebración con fuegos artificiales y demás parafernalia festiva. Por fin la Libertadores está legítimamente en manos argentinas. Hasta yo me contagio del entusiasmo y eso que desconfío de las pasiones deportivas que como ya sabemos nos distraen de las otras. En fin, hasta yo, digo, me contagio y me siento parte de la corriente que lleva a los jugadores de golpe a iniciar la vuelta olímpica tras la Copa. Y tras los jugadores, los periodistas, porque ésta es una noche sui generis de festejo en diferido. Y junto con los periodistas zarpo yo, feliz, la única mujer, sospecho, que dio o dará la vuelta olímpica en la Bombonera. Sintiéndome un bombón por ende, saludando a las masas, bien colocada el alma y encarando el arco.



Mi *curriculum-futbolae*

LAURA RESTREPO

QUÉ LÁSTIMA QUE yo no tenga un mi abuelo que ganara una batalla, dice León Felipe. Pero yo tengo en cambio un mi bisabuelo que en tiempos de una ya remota y extinguida fortuna familiar, donó el estadio de fútbol de Bogotá, conocido como Nemesio Camacho El Campín. Durante mis primeros años de vida creí que El Campín era un apellido y conté con orgullo que un mi bisabuelo se llamaba Nemesio Camacho Elcampín. Así que díganme, ¿cómo no ha de correr por mis venas la pasión futbolera, si poco faltó para que me llamara Laura Restrepo Elcampín?

Y además alguna vez me hice acreedora del más sentido piropo que he escuchado de boca de un hombre: “De todas las mujeres que conozco, eres la única capaz de comprender realmente qué es un *fuera de lugar*”. Pero esa comprensión profunda no se me dio sola, ni me vino nada más por herencia; tuve que lucharla desde la primera infancia. Fue así como crecí y me formé en el odio jarocho contra Millonarios y en la adoración incondicional por Santafecito lindo, al pie del cual sigo estando, estaré hasta el final y he estado

desde cuando era un equipo pichón y promisorio que entrenaba los sábados en un potrero de Suba, donde nos llevaba religiosamente el Hinchta Mayor, o sea mi tío Piquín —camiseta roja, cachucha blanca y Pielroja en boca—, quien no sólo no había donado ningún estadio, sino que tenía por todo haber un automóvil al que llamábamos *el tres patadas* porque aparte de haber perdido una de las puertas traseras, solo andaba si el copiloto iba tirando del inexistente acelerador con una piola. Más de una vez, finalizado el entrenamiento y ya de vuelta a Bogotá en *el tres patadas*, tuvimos el honor de apretujarnos contra uno o a varios de nuestros ídolos, los sudados jugadores del glorioso Santa Fe.

Pero no se limita al entusiasmo pasivo mi relación con este gran deporte: cualquiera que no sea un pollo, o esté a salvo de Alzheimer, tendría que recordar la época de mi desempeño (con enie, conio, que no la tiene esta computadora gringa) como goleadora del Club Los Halcones (divisa albiamarilla) en los torneos inter-fincas durante las vacaciones en Sasaima, mismos que si perdíamos no era por falta de garra o de trapío, sino porque nuestro arquero estrella, Karló Deckers, sufría repentinos ataques de asma que eran arteramente aprovechados por el enemigo.

Ya de mayor, en la Argentina, una vez desmejorado el estado físico y mermada la potencia de la patada, debí retirarme de la participación activa y limitarme al papel de espectadora, pero eso sí, fiel y fanática y gritona. Extendí mis afectos por Santa Fe hacia el Boca Juniors y me sumé a las hordas de xeneizis que ovacionan a sus muchachos en la Bombonera, *Dale Boooo, dale Boooo*, y me avergüenza

reconocer que me dejé arrastrar por la pasión colectiva hasta llegar a gritarles a los de River *gallinas mariconas* y otras cosas peores, como *Qué feo, qué feo/ qué feo es ser gallina/ la hinchada más puta/ de toda la Argentina*, y si vale exagerar en aras de la exaltación del deporte de deportes, casi diría que fue por amor a Boca que me aficioné al mate amargo, me casé con un porteño y tuve un hijo pibe.

Para mí Pelé ha sido un dios, Chilavert un papá, Maradona un ídolo, Batistuta un amor imposible, el Palomo Uzurriaga un sex simbol, el Pibe Valderrama un hermano y Ronaldinho Gaúcho —*meu mininho mais lindo*—, el otro hijo que siempre quise tener. Cuando en 1975 parió Salvajina, la perra de mi casa, mientras trasmitían un partido del Perú contra quién sabe quién, fui cómplice en la elección que hizo la familia del nombre de los dos cachorros: Chumpitaz y Oblitas. Entre mis momentos personales de mayor felicidad cuento el cinco a cero de Colombia contra Argentina y la atajada de alacrán del otrora feo Higueta en Wembley, y puedo recitar de memoria todos los integrantes del equipo Brasil 1970, vamos a ver, Pelé, Rivelino, Jairzinho, Tostao, Clodovaldo, Gerson... Rivelino, pero ese ya lo dije. Bueno, digamos que puedo recitar de memoria casi todos. Cada cuatro años suspendo de plano cualquier otra actividad para dedicarme de lleno al Mundial, y me cuento entre los que pegan el cronograma de partidos cerca del televisor, pone el despertador a las cuatro de la mañana para no perderse alguno, hacen cuadro de equipos para casar apuestas y se aprovisionan de maní, papas fritas, cervezas y Coca-colas light. Todavía

peor, soy de las que por entonces compra álbum de figuritas y lo llena, y para los que no me crean aquí va la prueba: ¿Quieren saber cuáles fueron la vez pasada las figuritas más difíciles de conseguir? Pues las de los escudos, que venían tornasoladas. ¿Y cuál la más fácil? La de un jugador nigeriano, esa era tirada, salía hasta en la sopa. ¿Y cuál era el nombre del nigeriano aquel? La verdad, no lo sé. Hasta ahí me llega la afición, con perdón de Nemesio Camacho Elcampín.





Juan David Laserna Montoya. FOROS, Serie Campín.
Impresión digital, 70 x 100 cm c/u. 2011.

El último campeonato

PABLO R. ARANGO

A Daniel Arango

EN LA FOTOGRAFÍA pagada por el papá de Aristizábal, tomada con cuidado pero sin arte por el único fotógrafo del pueblo, aparecemos tal cual éramos: serios, ridículos, con el alma ocupada, llenos de propósito y convicción. Estamos todos, los trece del equipo. A la izquierda, encabezando, Luis Gómez Cauchera, arquero por fatalidad, por naturaleza, por medir uno con ochenta desde los catorce, por esa bendita suerte suya, esa cosa que hace a algunos afortunados sin culpa. Más abajo, más cerca de la línea en la que estábamos y estuvimos para siempre el resto, incluso en las cosas de la vida, en la belleza de la esposa, las oportunidades de trabajo y aventura, la plata y todo lo demás; más cerca de esa línea pero todavía por arriba, Aristizábal, el gordo Aristizábal, con esa falta de talento suya, esa ordinariez congelada en la foto, pegada a su rostro y a su cuerpo; esa manera de ser un tanto abrupta, como si estuviera fuera de lugar en cualquier parte, compensada por la tozudez, la indiferencia, una forma muda y decidida de ponerle la cara a un balón,

a un puño, a lo que fuera. Y luego estábamos el resto, y éramos realmente el resto, el decorado, lo que tiene que estar ahí para que lo demás ocurra.

El equipo había sacado buenos resultados. Desde que lo conformamos en tercero de bachillerato habíamos ganado una vez el campeonato municipal y las otras dos veces quedamos segundos y terceros. Éramos un equipo, una cosa inefable que no se explica pero se ve; trece muchachos mediocres que se convertían en una máquina eficiente. Cauchera y el gordo Aristizábal estaban, es cierto, por encima, y el resto confiábamos en ellos, con esa entrega ciega de los marineros rasos a un capitán que respetan de verdad, sobre todo en la tormenta. Entonces estábamos ya en último año y jugábamos el último campeonato juntos, y todos sabíamos pero no queríamos pensar que ya no habría más equipo, más patadas y miradas y eso que sentíamos antes, durante y después de los partidos, esa comunión; que la vida iba a seguir para cada uno por fuera de todo eso. Ya íbamos por la mitad del campeonato, puntiando en nuestro grupo, cuando comenzó todo y terminó todo.

El gordo Aristizábal cumplió los diecisiete y los primos pensaron que era el momento de ayudarlo, de llevarlo a conocer la vida; y lo invitaron allá la noche del cumpleaños y el Gordo conoció la vida y le gustó terriblemente; y quiso compartir. Y Luis Cauchera me dijo que al primero que llevó fue a él, y que estuvieron allá y se emborracharon y sintió como si estuviera conociendo un país lejano. Y el Gordo le quiso mostrar la muchacha del cumpleaños y Cauchera no supo qué hacer del susto; y entró y todo fue

distinto, con esa sensación de novedad y belleza en la que está ausente la preocupación por la verdad de lo visto u oído. Y siguieron yendo los dos y después nos llevaron a nosotros, y ya todos íbamos juntos, como a un partido; y allá y en la cancha el resto comenzamos a mirar, porque se miraban distinto, se hablaban distinto, con economía y firmeza en ambos casos; y ninguno era capaz de hablar más de lo debido, ni con tragos siquiera, y el resto comenzamos a entender; y volvimos y volvimos, y ellos no bailaban ni nada porque los Hermanos de la Salle nos habían enseñado sin decirnos a ser hombres sin bailar, sin llorar, sin exhibiciones impropias; y porque la muchacha no podía ser esa y uno no se podía encariñar con esas aunque supiera que existían o las conociera incluso; y seguimos jugando y ganando, y la batería Gordo-Cauchera-Resto era imparabile en la cancha y también allá bebiendo; y los dos comenzaron a jugar y a beber en un desafío, por fuera de nosotros, a ver cuál lo hacía más y por más tiempo; y fue entonces cuando el papá del gordo Aristizábal nos hizo sacar la foto antes de empezar el penúltimo partido, faltando tres semanas para la final; y ganamos, celebramos y nos fuimos otra vez allá; y los dos bebían como animales y el resto apenas mirábamos borrachos; y empezaron a ir solos, sin nosotros, y ya ninguno era capaz siquiera de hablarle a la muchacha, ella me dijo, y me dijo también que les había dicho que no fueran tan pendejos, que parecían unos niños. Y entonces les dijo que les iba a enseñar a bailar, que un hombre que no baila no tiene gracia, no importa si sabe jugar; y el gordo Aristizábal se negó de lo borracho que estaba, dijo ella;

pero Luis Gómez Cauchera, el mejor arquero y buena suerte, bailó y bailó y amaneció allá. Y al otro día Aristizábal, el papá del gordo, se fue a buscar al gordo y lo encontró abajo, muy abajo en el río, con la cabeza rota, seguramente no sufrió le dijo el médico; y Luis Cauchera se quedó mirando toda la tarde para el río, desde el puente, el resto lo mirábamos alternativamente a él y a la nada que miraba.

El domingo siguiente tuvimos que jugar la final nosotros, el resto, once apenas sin suplentes, y tratamos de jugar como si ellos estuvieran viendo por lo menos. Quintero se paró en el arco y todos lo veíamos pequeño, más pequeño de lo que era seguramente porque nuestra mirada buscaba siempre a Cauchera allá en el fondo; y a mí me tocó de gordo Aristizábal; y ni Quintero ni yo ni el resto pudimos parar a los delanteros que parecían salir de todas partes, veloces como nunca; y fue cinco a cero y los papás y los Hermanos de la Salle nos felicitaron por el subcampeonato; y en la ceremonia de trofeos ninguno de nosotros daba el paso al frente esperando a que salieran de algún lado; y no salieron y el alcalde vino y me entregó la copa.

Luego nos hemos vuelto a ver, aquí y allá, regados como las partes de la máquina rota; en oficinas, calles, bares y demás, agarrados al tronco o mano de alguna mujer o niña; aquí y allá, e intercambiamos la vergüenza, el miedo, la compasión, lo que alcanzamos a ver durante el breve cruce de miradas con el levantamiento de las cejas y la pronunciación rápida del apellido Ramírez, Arango, Berrío, López, Jaramillo, Vargas, Álvarez, Arbeláez, Quintero, Mejía, Pérez; antes de apretar la mano acompañante o sola

dentro del bolsillo para seguir apresurando el paso. Y todo quedó atrapado en esa foto del penúltimo partido, la del papá de Aristizábal; eso que no puede decirse con palabras, que no puede preservarse ni durar, porque si durara y persistiera entonces ya no sería lo que es; el recuerdo de lo que alguien alcanzó a ser con exactitud por un instante.

Liliana Angulo. De la serie AFRO-SOUVENIRS, El Tino.
Fotografía. 2011.



Memorias de un wing derecho

ROBERTO FONTANARROSA

Y AQUÍ ESTOY. Como siempre. Bien tirado contra la raya. Abriendo la cancha. Y eso no me lo enseñó nadie. Son cosas que uno ya sabe solo. Y meter centro o ponerle al arco como venga. Para eso son wines. No me vengan con eso de wing “ventilador” o wing “mentiroso” o las pelotas. Arriba y contra la raya.

Abriendo la cancha para que no se amontonen los forwards en el medio. Nada de andar bajando a ayudar al marcador de punta ni nada de eso. Si el marcador de punta no puede con el wing de él... ¿para qué m... juega de marcador de punta? Lo que pasa es que ahora cualquier mocoso le sale con esas teorías nuevas y nuevas formas de juego o te viene con la “holandesa” o la “brasileña” y otras estupideces.

¡Por favor! El fútbol es uno solo y a mí no me sacan de la formación clásica: el arquero bien parado en la raya y atento. Por ahí escucho decir que Gatti juega por toda el área o sale hasta el medio de la cancha... Y bueno, así le va. Yo al arquero lo quiero paradito en su arco y nada más. Para eso es arquero. Después una línea de tres. Después otra de

cinco. Y arriba que nos dejen a nosotros tres. Más de veinte años hace que jugamos así y nos hemos podrido de hacer goles. De a siete hacemos. Yo ya debo llevar como seis mil ochocientos. Yo solo... ¡Después me dicen de Pelé! O arman tanto despelote porque Maradona hizo cien. Cien yo hago en una temporada. Y en verano, cuando los pibes se quedan en el club como hasta las dos de la mañana, me atrevo a hacer cuarenta, cincuenta goles por semana. Cuarenta, cincuenta. Yo solo... Maradona... ¡Por favor! Y eso para no hablar del centrofoward nuestro. Debe llevar más de doce mil goles. Por debajo de las patas... Y... ¡el tipo está ahí!

Donde deben estar los centrofoward. En la boca del arco. En el área chica. Pelota que recibe, ¡pum!, adentro. A cobrar. Y ojo, que el nueve de los de Boca no es malo tampoco. Es el mismo estilo que el nuestro. Siempre ahí: en la troya. Adonde están los japoneses. ¡Nos ha amargado más de un partido, eh! Yo no he visto los goles que nos ha hecho pero escucho los gritos y el ruido de la pelota adentro del arco.

Le da con un fierro el guacho. Pero, claro, tiene dos wines que son dos salames. Por ahí si jugara al lado mío él también habría hecho como doce mil goles. ¡Si le habré servido goles al nueve! ¡Si le habré servido goles! Me acuerdo el día del debut. Le estoy hablando de hace veinticinco años, veinticinco años, un cuarto de siglo. Sacaron la lona que cubría la cancha y le juro que nos encegueció la luz. Un solazo bárbaro. Yo casi no podía ver por el resplandor en las camisetas, especialmente en las nuestras. Claro, por el blanco. Las bandadas rojas parecían fuego. No como ahora, que está saltado todo el esmalte y se ve el plomo. O el piso, del verde ya no

queda casi nada. ¡Cómo está esta cancha! ¡Qué lástima! Que poco cuidada está. Pero bueno, ese día fue algo inolvidable. Era domingo al mediodía y se ve que los muchachos estaban alborotados porque esa tarde jugaban River y Boca en el Monumental y ellos se habían reunido en el club para irse todos juntos en el camión para el partido. ¡Huy, lo que era ese día! Y claro, llegaron ahí y se encontraron con que la Comisión Directiva había comprado el metegol.

Yo había escuchado desde abajo de la lona que pensaban inaugurarlo esa noche cuando los socios se juntaban en la sede social a comentar los partidos o tomarse un fernet antes de cenar. Pero... ¡qué!... apenas los muchachos vieron el metegol al lado de la cancha de básquet ni siquiera se molestaron en meterlo adentro.

¡Además, esto es pesado, eh! No sé cuántos kilos debe pesar esto, pero es pesado. Puro fierro, de las cosas que se hacían antes. Bueno, ahí nomás lo destaparon y se armó el partido. Yo calculo, calculo, que había de haber entre veinte y veinticinco personas viendo el partido. ¡No menos, eh! No menos. Una multitud. Y había apuestas y todo. Le digo que calculo que había esa gente porque yo ni miré para arriba, le juro, no me atrevía a levantar la vista del cagazo que tenía. Le juro. Uno escuchaba bramar esa tribuna y temblaba.

¡Qué cosa inolvidable! Nosotros, los tres de adelante, tuvimos suerte porque el tipo que nos manejaba se ve que sabía. Yo apenas sentí que me movía, dije: “Hoy vamos a andar bien”. Porque también es importante el tipo que a uno le toque para manejarlo. Usted podrá tener condiciones, es más, podrá ser un fenómeno, pero si el que está afuera es un queso,

va muerto. Y yo le digo, ahora, con experiencia, yo apenas noto cómo el tipo me mueve ya me doy cuenta si conoce o no. Es una cuestión de experiencia, nada más. No es que uno sea sabio. Escúcheme, usted ve un tipo cómo se para en la cancha y ya sabe cómo juega al fútbol. No tiene necesidad ni de verlo correr. ¡Por favor! Pero ese día se ve que el tipo conocía. No era ni improvisado ni uno que agarra la manija porque está aburrido y para matar el tiempo se juega un metegol. De esos que usted trata de ayudarlos, de darles una mano pero al final el que queda como un patadura es usted. Cuando el culpable es el que tiene la manija. Y usted los escucha gritar: “¡Qué tronco es el siete ese! ¡Qué animal el wing!”. Hay que aguantar cada cosa. ¡Por favor! Pero ese día no. Ese día tuve suerte, lo que es importante en un debut. Y más en un River-Boca. Usted sabe bien cómo son estos partidos. Un clásico es un clásico, digan lo que digan ahora yo ya tengo como treinta mil clásicos jugados y así y todo, le digo, todavía cuando escucho el pique de la primera pelota en la mitad de la cancha me pongo nervioso. Parece mentira. Es que son partidos muy parejos. Somos equipos que nos conocemos mucho. Pero aquel día tuvimos suerte, por lo menos los de adelante. De la mitad de la cancha para adelante la rompimos, la hacíamos de trapo. “Tachola”, me acuerdo que se llamaba el que tenía la manija. Me acuerdo porque le gritaban permanentemente y además porque durante cuatro años vuelta a vuelta venía al club y jugaba. ¡Cómo sabía ese tipo! Lo arruinó la bebida. Cuando llegaba en pedo yo me daba cuenta porque nos hacía hacer moline-tes y cada cagada que ni le cuento. Un día me hizo hacer un

molinete y yo cacé un chute que la pelota saltó del metegol e hizo sonar un vaso. Me quería hacer pagar a mí el desgraciado. Pero cuando estaba sobrio era un león. Y ese día la gasté. En la defensa no andábamos tan bien porque el que manejaba a los de atrás era un salame. Un paspado. Pero con los de adelante bastaba.

No hay mejor defensa que un buen ataque, mi amigo, eso lo sabe cualquiera. ¡Por favor! Ahora se meten todos abajo. Están locos. Tres pepas hice ese día. Y las otras tres se las servía al nueve, al morochón. Porque es morochón; ahora se le despintó el lope, pero es morochón. Y no tenía bigotes. Lo que pasa es que algún mocoso se los pintó con birome para que se pareciera a Luque. Un gol, me acuerdo, un gol, la bola rebotó en el córner y se me vino. Íbamos perdiendo uno a cero, porque ¡oyo! Habíamos arrancado perdiendo, y la hinchada bramaba. La puse debajo de la suela y casi la astillo. La empecé a pisar y me la traje despacito para el medio. El nueve se fue para la izquierda y el once también, para abrirme un buco. Yo la amasé y un par de veces amagué el puntazo, pero el fullback me tapaba el tiro y no veía ángulo para el taponazo. Le cuento que yo no le hago asco a patear y cuando veo luz la sacudo. A mí no me vengán con boludeces. Pero el rubio que me marcaba me tapaba bien. Entonces yo agarro y la engancho de nuevo para afuera, para mi lado, como para meterle un derechazo cruzado, al segundo palo, a la ratonera. ¡Si habré hecho goles así! Y cuando el rubio me sigue para taparme y el arquero cubre el primer palo, de revés nomás, cortita, la toco para el medio. Y el nueve, sin pararla che, le puso semejante quema que abolló la chapa

del fondo del arco. ¡Qué golazo! ¡Lo que fue eso! Yo lo había escuchado al Negro, lo había escuchado. Cuando yo me abrí para la derecha vi que la defensa se venía conmigo. Y lo escuché al Negro que me grita: “¡Ah!”. Y se la toqué. Lo mató el Negro. Lo mató. La hacemos siempre a ésa. Diga que ya nos conocen. ¡Qué partido fue ése! Y para esta noche tenemos uno lindo. Si es que vienen los muchachos. Porque los escuché decir que iban a las maquinitas. Siempre hablan de las maquinitas. Vaya a saber qué es eso. Acá una vez al club trajeron una. Yo siempre escuchaba unos ruidos raros, unas cosas como “pluic”, “plinc”, “clun” y unas sacudidas. Unas luces. Pero después no lo sentí más. Dicen que se le jodió algo adentro a la máquina, algún fusible y nunca hay guita para comprarlo. Son máquinas delicadas. De ésas que hacen los yanquis. Por eso los muchachos siempre vuelven. Porque el fútbol es el fútbol. Ésa es la única verdad. ¡Qué me vienen con esas cosas! Son modas que se ponen de moda y después pasan. El fútbol es el fútbol, viejo. La única verdad.

¡Por favor!

NÓMINA DE AUTORES

DARÍO JARAMILLO AGUDELO (Santa Rosa de Osos, 1947)

ÁLVARO PEREA CHACÓN (Bogotá, 1967)

MARIO MENDOZA (Bogotá, 1964)

RICARDO SILVA ROMERO (Bogotá, 1975)

FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ (Cartagena, 1962)

GUILLERMO SAMPERIO (Ciudad de México, 1948)

DANIEL SAMPER PIZANO (Bogotá, 1945)

ÓSCAR COLLAZOS (Bahía Solano, 1942)

LUISA VALENZUELA (Buenos Aires, 1938)

LAURA RESTREPO (Bogotá, 1950)

PABLO R. ARANGO (Bogotá, 1975)

ROBERTO FONTANARROSA (Rosario, 1944-2007)

NÓMINA DE ARTISTAS

ÓSCAR ROLDÁN-ALZATE (Medellín, 1975)

JOSÉ FREDY SERNA (Medellín, 1972)

BELTRÁN OBREGÓN (Barcelona, 1964)

COLECTIVO BRICOLAGE

ELKIN CALDERÓN (Bogotá, 1975)

VÍCTOR ESCOBAR (Neiva, 1966)

JUAN CARLOS HAAG (Villavicencio, 1972)

FÉLIX ÁNGEL (Medellín, 1949)

TODOPIPAS 86

JUAN DAVID LASERNA MONTOYA (Bogotá, 1980)

LILIANA ÁNGULO (Bogotá, 1974)

LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *Antígona*
SÓFOCLES
- 2 *El 9 de Abril* (Fragmento de *Vivir para contarla*)
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
- 3 *Cuentos para siempre*
HERMANOS GRIMM, HANS CHRISTIAN
ANDERSEN, CHARLES PERRAULT, OSCAR WILDE
- 4 *Cuentos*
JULIO CORTÁZAR
- 5 *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá*
(Selección de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*)
JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE
- 6 *Cuentos de animales*
RUDYARD KIPLING
- 7 *El gato negro y otros cuentos*
EDGAR ALLAN POE
- 8 *El beso y otros cuentos*
ANTON CHÉJOV
- 9 *El niño yuntero*
MIGUEL HERNÁNDEZ
- 10 *Cuentos de Navidad*
CRISTIAN VALENCIA, ANTONIO GARCÍA,
LINA MARÍA PÉREZ, JUAN MANUEL ROCA,
HÉCTOR ABAD FACIOLINCE
- 11 *Novela del curioso impertinente*
MIGUEL DE CERVANTES
- 12 *Cuentos en Bogotá*
ANTOLOGÍA
- 13 *Cuentos*
RAFAEL POMBO
- 14 *La casa de Mapuhi y otros cuentos*
JACK LONDON
- 15 *¡Qué bonito baila el chulo!*
Cantas del Valle de Tenza
ANÓNIMO
- 16 *El beso frío y otros cuentos bogotanos*
NICOLÁS SUESCÚN, LUIS FAYAD, MAURICIO
REYES, ROBERTO RUBIANO VARGAS, JULIO
PAREDES, EVELIO JOSÉ ROSERO, SANTIAGO
GAMBOA, RICARDO SILVA ROMERO
- 17 *Los vestidos del emperador y otros cuentos*
HANS CHRISTIAN ANDERSEN
- 18 *Algunos sonetos*
WILLIAM SHAKESPEARE
- 19 *El ángel y otros cuentos*
TOMÁS CARRASQUILLA
- 20 *Iván el Imbécil*
LEÓN TOLSTOI
- 21 *Fábulas e historias*
LEÓN TOLSTOI
- 22 *La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes*
SAKI, KATE CHOPIN, HENRY JAMES, JACK
LONDON, MARK TWAIN, AMBROSE BIERCE
- 23 *Por qué leer y escribir*
FRANCISCO CAJIAO, SILVIA CASTRILLÓN, WILLIAM
OSPINA, EMA WOLF, GRACIELA MONTES, AIDAN
CHAMBERS, DARÍO JARAMILLO AGUDELO
- 24 *Los siete viajes de Simbad el Marino*
(Relato anónimo de *Las mil y una noches*)
- 25 *Los hijos del Sol*
EDUARDO CABALLERO CALDERÓN
- 26 *Radiografía del Divino Niño*
y otras crónicas sobre Bogotá
ANTOLOGÍA DE ROBERTO RUBIANO VARGAS
- 27 *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*
ROBERT LOUIS STEVENSON
- 28 *Poemas colombianos*
ANTOLOGÍA
- 29 *Tres historias*
GUY DE MAUPASSANT
- 30 *Escuela de mujeres*
MOLIÈRE
- 31 *Cuentos para niños*
HERMANOS GRIMM, ALEXANDER PUSHKIN,
RUDYARD KIPLING
- 32 *Cuentos latinoamericanos I*
ADOLFO BIOY CASARES, CARLOS FUENTES,
JUAN CARLOS ONETTI
- 33 *Palabras para un mundo mejor*
JOSÉ SARAMAGO
- 34 *Cuentos Latinoamericanos II*
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, JUAN RULFO,
RUBEM FONSECA
- 35 *Bartleby*
HERMAN MELVILLE
- 36 *Para niños y otros lectores*
ALPHONSE DAUDET, WILHELM HAUFF,
LEÓN TOLSTOI
- 37 *Cuentos Latinoamericanos III*
JULIO RAMÓN RIBEYRO,
ALFREDO BRICE ECHENIQUE

- 38 *Cuentos Latinoamericanos IV*
JOSÉ DONOSO, SERGIO PITOL,
GUILLERMO CABRERA INFANTE
- 39 *Poesía para niños*
SELECCIÓN DE BEATRIZ ELENA ROBLEDÓ
- 40 *El Libro de Marco Polo sobre las cosas
maravillosas de Oriente*
- 41 *Cuentos Latinoamericanos V*
MARIO VARGAS LLOSA, FELISBERTO
HERNÁNDEZ, SALVADOR GARMENDIA
- 42 *Tengo miedo*
IVAR DA COLL
- 43 *Cuento de Navidad*
CHARLES DICKENS
- 44 *Mitos de creación*
SELECCIÓN DE JULIO PAREDES C.
- 45 *De paso por Bogotá*
Antología de viajeros ilustres en Colombia
en el siglo XIX
- 46 *Misa de gallo y otros cuentos*
JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS
- 47 *Alicia para niños*
LEWIS CARROLL
- 48 *Juanito y los frijoles mágicos*
Cuento tradicional inglés
- 49 *Cuentos para leer*
HORACIO QUIROGA, KATHERINE MANSFRIED,
ITALO SVEVO, RUBÉN DARÍO,
LEOPOLDO LUGONES,
JOSÉ MARÍA EÇA DE QUEIRÓS
- 50 *Cartas de la persistencia*
SELECCIÓN DE MARÍA OSPINA PIZANO
- 51 *Rizos de oro y los tres osos*
TRADUCCIÓN DE JULIO PAREDES
- 52 *El corazón de las tinieblas*
JOSEPH CONRAD
- 53 *Cuentos*
SAKI
- 54 *Cinco relatos insólitos*
H. P. LOVECRAFT
- 55 *Peter y Wendy (Peter Pan)*
JAMES MATTHEW BARRIE
- 56 *La edad de oro*
JOSÉ MARTÍ
- 57 *La vida es sueño*
PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA
- 58 *Poemas iluminados. Selección de poesía mística*
SAN JUAN DE LA CRUZ, SOR JUANA INÉS, SANTA
TERESA DE JESÚS, FRAY LUIS DE LEÓN
- 59 *Por la sábana de Bogotá y otras historias*
JOSÉ MANUEL GROOT, DANIEL SAMPER ORTEGA,
EDUARDO CASTILLO, GABRIEL VÉLEZ
- 60 *Historias con misterio*
UEDA AKINARI, E.T.A. HOFFMAN, AUGUSTE
VILLIERS DE LISLE-ADAM, G.K. CHESTERTON
- 61 *Cantos populares de mi tierra*
CANDELARIO OBESO
- 62 *Una ciudad flotante*
JULIO VERNE
- 63 *La antorcha brillante*
EDUARDO ESCALLÓN
- 64 *Viva la Pola*
BEATRIZ HELENA ROBLEDÓ
- 65 *Soy Caldas*
STEFAN POHL VALERO
- 66 *Relatos en movimiento*
LEONÍD ANDRÉYEV, MANUEL GUTIÉRREZ
NÁJERA, ARTHUR CONAN DOYLE, O. HENRY,
BALDOMERO LILLO
- 67 *Historias de mujeres*
LUISA VALENZUELA, MARGO GLANTS, MARINA
COLASANTI, GABRIELA ALEMÁN, MARVEL
MORENO
- 68 *El paraíso de los gatos*
ÉMILE ZOLA
- 69 *Cartilla moral*
ALFONSO REYES
- 70 *Tierra de promisión*
JOSÉ EUSTASIO RIVERA
- 71 *Pütchi Biyá Uai. Precursores.*
Antología multilingüe de la literatura indígena
contemporánea en Colombia I
MIGUEL ROCHA VIVAS
- 72 *Pütchi Biyá Uai. Puntos aparte.*
Antología multilingüe de la literatura indígena
contemporánea en Colombia II
MIGUEL ROCHA VIVAS
- 73 *Palabras que nos cambiaron:*
Lenguaje y poder en la independencia
- 74 *Historia de Rasselas*
SAMMUEL JOHNSON
- 75 *Anaconda y otros cuentos*
HORACIO QUIROGA

EL FÚTBOL SE LEE
FUE EDITADO POR
EL INSTITUTO
DISTRITAL
DE LAS ARTES -
IDARTES
COMO EDICIÓN
ESPECIAL
PARA SU BIBLIOTECA
libro al viento
BAJO EL NÚMERO
SETENTA Y SEIS
Y SE IMPRIMIÓ
EL MES DE JULIO
DEL AÑO 2011
EN BOGOTÁ



**Esta es una edición especial de "Libro al viento".
Es para que usted lo lea y para que lo lean
muchos como usted. Por eso, cuando termine,
devuélvalo y tome otro.**

Libro al viento es un programa de fomento a la lectura que desde 2004 ha brindado a los habitantes de Bogotá una oferta literaria de primera calidad. Hoy, son más de tres millones de ejemplares los que circulan por toda nuestra ciudad.

En el marco de la Copa Mundial Sub-20 de la FIFA, Colombia 2011, el Instituto Distrital de las Artes –IDARTES (adscrito a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte) ofrece a los lectores furibundos, a los hinchas incondicionales, aficionados, entusiastas y no tan entusiastas esta edición especial dedicada al "deporte más hermoso del mundo".

*Páginas de arte y literatura esperan su encuentro con lectores ávidos por disfrutar de la lectura.
El fútbol se lee.*



**CIRCULACIÓN GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA**



Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura